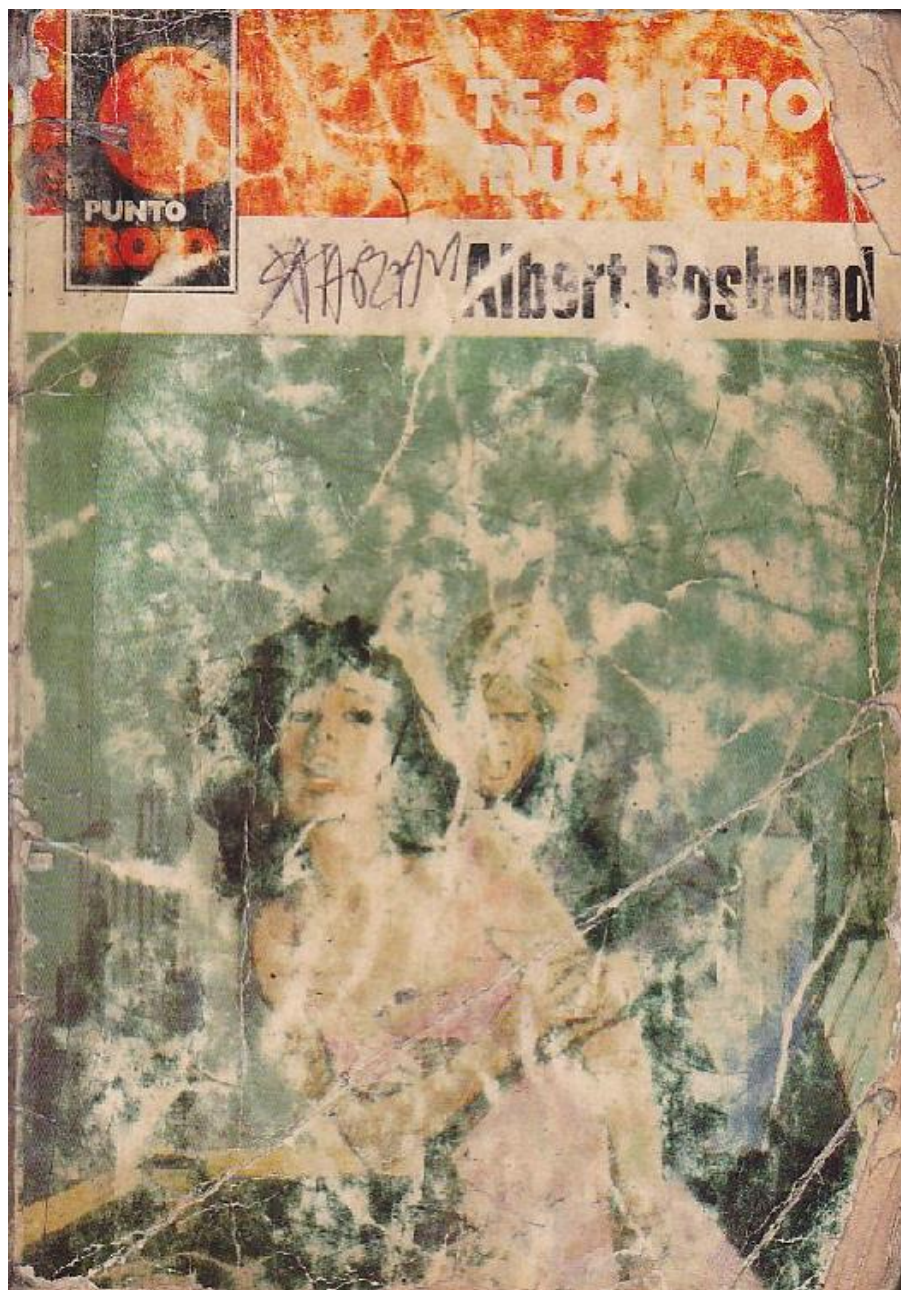




TE QUIERO... MUERTA

Albert Rosbund





ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

428. — Stagecoach.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

362. — Rural de Texas.

En Colección PUNTO ROJO:

884. — Furia en la noche.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.488. — Un sucio asunto.

ALBERT ROSBUND

TE QUIERO MUERTA

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 6.115 1979

Impreso en España - Printed in Spain 1 e d i c i ó n : abril, 1979

© Albert Rosbund • 1979 texto

© Desilo • 1979 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.

A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

Para Isabel, con amor

PROLOGO

La mujer se hallaba sentada en la terraza, espaciosa y semivacía, de un conocido bar de Silver Avenue. A sus espaldas se levantaba la magnífica mole de la St. John's Episcopal Cathedral, pero eso a ella le tenía indiferente. Bebía a pequeños sorbos el combinado que había pedido y, de vez en cuando, su mirada se perdía en el cercano y casi frontero Highland Park.

Era una hembra que debería contar unos treinta años de edad. Hermosos cabellos color caoba caían sobre sus hombros y encuadraban un rostro atractivo y sensual, de ojos claros, nariz respingona, labios bellamente dibujados, gracias al *rouge*, y barbilla un poco pronunciada. A pesar de estar sentada, se podía apreciar que su figura era proporcionada y hasta cierto punto escultural, destacando las largas piernas que mostraba en generosa exhibición a los pocos parroquianos del bar. Alguno, joven, aburrido y fanfarrón, había intentado la aproximación, pero ella lo había rechazado con secas palabras.

Consultó su reloj, con cierto nerviosismo. Pasaban cinco minutos de las doce del mediodía. Sus ojos color cielo raso barrieron la avenida, tanto para arriba como para abajo. Para cualquier curioso avisado, habría sido indudable que la mujer esperaba a alguien.

Y era cierto.

Ese alguien se encontraba en una esquina cercana, la de Elm Street, contigua al parque.

Era un tipo al que podríamos describir como alto y desgarbado, de larga melena, negra como el azabache, que le caía casi hasta los hombros, bajo el amplio sombrero de ala ancha con el que se tocaba. Se protegía los ojos con unas gafas de sol oscuras, con lo cual era imposible saber el color de aquéllos. Como también era bastante improbable acertar su edad: ¿treinta?, ¿treinta y dos?, ¿treinta y cinco años, tal vez? Un espeso bigotazo cubría su labio superior, y sus largas guías alcanzaban casi la barbilla. Vestía una camisa a cuadros, un gastado pantalón vaquero y botas de media caña. Como hacía un intenso calor, aprovechaba el periódico que llevaba en las manos para abanicarse.

Su mirada estaba centrada principalmente en el lugar que ocupaba la mujer. No se decidió a avanzar hasta no ver que el entorno de ella estaba completamente libre, sin ningún cliente a quien se le podría despertar la curiosidad por lo que iba a suceder a continuación.

Llegó por el lado derecho de la mujer. Ella le vio venir con una ceja arqueada, preguntándose si ése sería el hombre o no. Su corazón se aceleró un poco cuando observó cómo se acercaba a donde ella se encontraba, removía un asiento a sus espaldas y...

Aguardó, pero nada. La ansiedad le llevó a mirar por el rabillo del ojo. Sólo se encontró con la primera y la última página del *Albuquerque Journal*, periódico que había extendido

ante sí el extraño hombre de la melena, y parecía leer con sumo interés.

Pudo escuchar su voz, cuando el camarero se le acercó solícitamente.

—Un limón granizado, por favor.

Y nada más, por el momento.

El camarero retornó con lo pedido. El hombre de la melena le pagó ya la consumición, y sorbió un par de veces a través de la pajita. Luego, volvió a la lectura del periódico.

Cuando más enfrascado parecía en lo que sus ojos debían ver, las columnas del *Albuquerque Journal*, sus labios se movieron bajo el frondoso bigote:

—¿Jennifer?

La espalda de la mujer se envaró.

Fue un gesto brusco, violento.

—Tranquila —agregó inmediatamente él, quien debía estar mirándola a ella y no al periódico—. No se mueva. Siga bebiendo como si nada. ¿Me ha entendido? ¿Me escucha perfectamente?

—Sí.

—Estupendo, Jennifer.

—¿Usted también me oye bien?

—Sí.

—¿Es... es el señor Killer?

—El mismo.

—Se retrasó...

—Nada de eso. Sólo estaba comprobando que no hubieran moscardones cercanos...

—Ya.

—Pero hablemos del asunto. No tengo mucho tiempo. Mi avión sale dentro de poco.

—No sé por qué tuvimos que quedar aquí, en Albuquerque —comentó ella, y luego echó un trago.

—Es un buen sitio. Nada tiene que ver con nosotros. Nada tiene que ver con el asunto.

La única pega es el dinero. Hacer un par de vuelos para una cita de escasos veinte minutos... Pero eso no debe ser problema para nosotros, gentes adineradas: yo soy un tipo que cobra caro, y usted es una mujer que paga espléndidamente... supongo. No es problema, ¿verdad que no?

—Es una molestia.

—Vale más prevenir que curar, Jennifer, recuérdelo siempre. Yo soy

un profesional, mi oficio es hartamente peligroso, hay que estudiarlo todo muy detalladamente, no dejar nada al azar. Si tengo un fallo, por mínimo que sea, puedo considerarme hombre perdido... o muerto.

—Sí, lo comprendo.

—Y no se ponga nerviosa, por favor. No quisiera que llamara la atención. La encuentro un tanto acobardada...

—Es la primera vez que...

—Ya. La verdad es que esperaba otro carácter. Teniendo en cuenta que es amiga de Lou Cochran...

—Eso no quiere decir nada.

—A los hombres del Sindicato no les gustan las mujeres débiles. Pero, en fin, vayamos

con lo que interesa. Usted y yo posiblemente no nos volvamos a ver más que otra vez.

—Sí. Cuando... cuando...

—Cuando haya cumplido.

—En... efecto.

Se hizo una breve pausa. Ella aprovechó para apurar el combinado. El pasó una hoja del periódico, las facciones del rostro, imperturbables.

—Los del Sindicato, en cuya nómina estoy adscrito, me telefonearon para decirme que tenían un cliente. Un cliente que recomendaba Lou Cochran. Sólo me informaron que el cliente era una mujer llamada Jennifer. Yo, a mi vez, señalé el lugar, día y hora de la cita.

Bien, aquí estamos. Soy todo oídos.

—Se trata de... de matar.

—¡ No me diga! —elevó un poco la voz el hombre de la melena, con matiz burlón—. ¿Es que ya no recuerda mi profesión? ¿Es que ya no recuerda mi nombre?

—Killer... (1).

(1) Asesino, ejecutor.

—Eso es. Y no pensará que me llamo realmente así.

—No. Claro que no.

—Como posiblemente usted tampoco se llame Jennifer, ni tenga el cabello color caoba.

Incluso tal vez la clase de maquillaje que usa normalmente es completamente distinto al que lleva ahora.

Ella no respondió.

—No me he equivocado, ¿eh?

Continuó el silencio por parte de la mujer.

—Pero otra vez nos hemos desviado del tema —agregó él—. Dígame, Jennifer, ¿a quién hay que matar?

—No se trata de una persona —respondió ella, al fin.

—¿No? ¿Cuántas?

—Dos.

—Eso dobla la cifra.

—Lo imagino.

—¿En el mismo sitio o en distintos lugares? Eso también puede afectar al precio.

—Estarán en el mismo sitio.

—Entonces, no habrá aumento de tarifa.

—Es usted un hombre muy amable —se permitió la mujer, por primera vez, un tono irónico.

—Parece que está recobrando la confianza en sí misma, ¿eh? —comentó él.

Ella, una vez más, se abstuvo de contestar.

—¿Dónde he de organizar la fiesta? —preguntó entonces el hombre de la melena.

—En Dallas.

—Texas.

—Sí.

—Creía que sería en Las Vegas. Lou Cochran vive allí. ¿No es usted amiguita de él?

—Eso lo dice usted. No le interesan mis relaciones.

—Vale. ¿Sabe ya el precio?

—Me lo dijo Lou. Diez mil por... por persona.

—Oh, ya empieza de nuevo a estremecerse.

—En un sobre llevo diez mil —dijo ella, haciendo caso omiso de las palabras del hombre.

—Se olvidó los gastos. Los cobro aparte.

—Se los pagaré con los otros diez mil, cuando haya terminado el trabajo. Es imposible que sepa ahora a cuánto van a ascender sus gastos.

—Tiene razón.

—¿Conforme, pues?

—Sí. Y por tanto, tendremos que volvernos a ver.

—Así es.

—¿Cómo?

—En el sobre va escrito un teléfono. Usted llamará a él, cuando acabe el trabajo. Es un teléfono de Dallas.

Entonces nos pondremos de acuerdo para que usted pueda cobrar el resto de la paga.

— *Okay*. Pero no piense jugar conmigo.

—¡No! —casi respingó ella.

—Será lo mejor. Observo que tiene una linda piel. No quisiera tener que estropearla con unos feos agujeros. No me veré en esa necesidad, ¿verdad?

Las palabras de él, dichas con una frialdad impresionante, erizaron el vello de la mujer.

Por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que él la miraba por encima del periódico. Fue una visión fugaz, que no le sirvió absolutamente de nada. El sombrero, la melena, las gafas oscuras el enorme mostacho... todo le pareció un perfecto disfraz para evitar ser reconocido. Con razón, los federales, que andaban locos tras él, le llamaban el asesino de las mil caras.

—Otra cosa —habló Killer—. ¿Cuándo he de realizar el trabajo? A mí me gusta tomarme cierto tiempo, para estudiar el terreno, la forma de vida que lleva la víctima, todo eso...

—Tiene más de un mes. Actuará a partir del catorce del próximo mes, si no hay ninguna novedad. De todas formas, usted me llamará antes al teléfono de Dallas, y yo le confirmaré la fecha.

—De acuerdo —dijo, pero no añadió que todo aquello le parecía un tanto raro y sospechoso. ¿Había algo más? Los clientes habituales no solían comportarse de esta forma.

—¿Quiere saber algo más? —preguntó ella.

—Sí. Lo más importante. Las víctimas. Mis queridas víctimas.

—No hace falta que yo se lo cuente. En el sobre va una foto de cada una de ellas. Y en el reverso de cada foto están todos los datos de la persona en cuestión.

—Perfecto.

—¿Entonces...?

—¿Lleva el sobre en el bolso?

—Sí.

—Tome el bolso, ábralo, haga como que busca algo y... y déjelo caer.

—Pero...

—¡Obedezca!

Ella hizo algo más. Batió palmas y llamó al camarero. Pidió la cuenta. Para entonces ya había cogido su bolso, abriéndolo y sacando el monedero. Pagó la consumición, entreteniéndose con el monedero

mientras el camarero se alejaba. Luego, de pronto, el bolso resbaló de sus manos. Lo hizo muy bien. Incluso dejó escapar un gemido de su garganta, un gemido de consternación y sorpresa.

Pero siempre hay un caballero galante.

El hombre que se encontraba tras ella, leyendo el periódico, dejó de hacerlo. Con una sonrisa y mucha serenidad, se agachó y tomó el bolso del suelo, sin soltar el *Albuquerque Journal*.

—Señorita... —dijo, entregándoselo.

—Gracias; muchas gracias.

—No hay de qué.

Al mismo tiempo, él se ponía en pie para marcharse. Ella cogió el bolso con manos un poco inseguras. Sin poderlo evitar, su mirada bajó hacia el interior. No vio el sobre.

Por su parte, el hombre de la melena se alejaba con paso normal, ni lento ni apresurado. Había doblado el periódico, y entre uno de los pliegues sacó el sobre que hábilmente había sustraído del bolso de la mujer llamada Jennifer.

Se coló en un portal abierto y vació de la misma Silver Avenue. Entonces comprobó el contenido del sobre. Diez billetes de los grandes, dos fotos con numerosos datos y un número telefónico. Eso era todo.

Soltó un gruñido de aprobación, y salió de nuevo a la avenida, como si fuera un inofensivo viandante más. Nadie podía adivinar que con él iba la muerte.

CAPITULO PRIMERO

La gente salía apresuradamente de la empresa, con la satisfacción de haber dado por terminada una jornada más de trabajo, ahora, lo que restaba del día les correspondía a ellos únicamente.

Para Wanda Blake la alegría era mayor. No sólo había acabado por aquel día, sino para siempre. Adiós a su labor de secretaria.

Un grupo de compañeras y compañeros la rodeaba, mientras ella le dirigía una mirada de despedida al edificio. Eran cinco años de su vida los que dejaba allí. A cambio, la empresa le había facilitado la

ocasión, o la oportunidad, de que conociera a su futuro marido.

Giró sobre sus talones y exclamó:

—¡Os invito!

Todos aceptaron, con gritos de júbilo. Y encaminaron sus pasos hacia el bar más cercano.

La tarde era pálida, gris. El tiempo no era bueno por aquellos días en Los Angeles. Esa mañana había caído una ligera lluvia, y eso se notaba aún en algunos autos y en determinados puntos de las aceras.

—¡Seguro que en Dallas hará mejor tiempo! —comentó uno de los compañeros, cuando ya alcanzaban la Ferris Avenue, en East Los Angeles. La avenida aparecía triste, casi desolada.

—¡Seguro! —convino una de las chicas—. ¿O no? —preguntó luego, mirando a Wanda.

Wanda Blake era alta y pelirroja. No era ya ninguna jovencita, posiblemente hubiera ya alcanzado la cota de los treinta. Eso sí, tenía un tipo escultural, con unas curvas armoniosas, que resaltaban por sí solas, sin necesidad de artificios de ninguna clase. Sus rasgados ojos verdes siempre llamaban la atención, allá donde fuera.

—He hablado con David, y me ha dicho que hace un tiempo espléndido —respondió.

Llegaron al bar y entraron. Se acomodaron en la barra. Cada uno pidió lo que quiso.

Una vez les hubieron servido, uno de los compañeros alzó su copa y brindó:

—¡ Por tu millonario tejano!

Bebieron. Hubo bromas y risotadas, pero sin mala intención. La mente de Wanda Blake se lanzó por las sendas del pasado...

Nunca había tenido suerte con el amor. A pesar de su belleza, de su cuerpo, de los comentarios elogiosos de la gente, Cupido no se había mostrado generoso con ella. Había conocido a muchos jóvenes, cierto, incluso con algunos había llegado a intimar, pero todo al final se desvanecía como castillo de naipes cuando sopla un fuerte viento. Así habían ido pasando los años, entre desengaño y desengaño, con el

único consuelo del trabajo, primero en la Kaplan Ltd. y por último en la Southern Oil Company. Entregándose con fuerza a su trabajo, había evitado las depresiones, logrando seguir a flote. Luego, finalmente, había aparecido David Chandler.

Ser la secretaria del subdirector general, le había llevado a conocer a muchas personas importantes, tanto económica como socialmente. Y una de estas personas era David Chandler, un tejano de Dallas, propietario, junto con su hermano Lucius, de unos pozos de petróleo que rendían tantos barriles como aspiraciones hacía ella al cabo del día. Incluso

tal vez más. Se podía decir, sin temor a equivocarse, que los Chandler flotaban en oro negro.

A David Chandler lo conoció por vez primera hacía ya un año, cuando comenzó sus relaciones comerciales con la compañía para la cual ella trabajaba. Inmediatamente llamó su atención. Era un hombre alto, altísimo, corpulento, rezumando energía y vitalidad por todos los poros de su cuerpo. Además vestía como los *cow-boys*; ahora bien, su sombrero, su pañuelo, su camisa, su chaqueta, sus pantalones, sus botas... debían costar un ojo de la cara y parte del otro. Eso sí, su único defecto es que estaba ya rozando los cuarenta años de edad.

Cuando aparecía por el despacho del señor Haskell, su jefe, parecía llenarlo todo, y una se sentía empujada, casi insignificante. Para Wanda Blake, aquel idilio había empezado como una extraña mezcla de secreta admiración y de complejo de inferioridad.

Durante una semana, estuvo viéndolo prácticamente todos los días, mientras se formalizaban los contratos, discutiendo las condiciones. Al final, cuando ya todo estuvo en regla, conformes ambas partes, Chandler propuso celebrarlo esa noche. Y agregó, inesperadamente:

—Traiga a su secretaria, Haskell. Su callada labor también merece premio.

Ese fue el principio. La velada resultó de lo más agradable, con cena en un lujoso restaurante y luego atracciones y baile en una conocida sala de fiestas. David Chandler no se separó de ella en casi ningún momento, ambos charlaron como cotorras y bailaron como si no existiera el cansancio. De vez en cuando, al coincidir la mirada de ella con la de su jefe, éste le asentía con un movimiento de cabeza, muy sonriente. Haskell fue el incitador de sus próximos encuentros.

—Parece que le ha caído muy bien a ese gigantón —le comentó más

tarde—. Siempre que venga, tendrá usted libertad de movimientos, señorita Blake. No nos interesa perder a alguien como los Chandler...

David Chandler comenzó a aparecer más de lo que era necesario, por Los Angeles.

Siempre traía alguna excusa, sobre todo teniendo en cuenta que él era el que llevaba los asuntos financieros, mientras su hermano Lucius se encargaba de los laborales, en los pozos de petróleo. Wanda pensaba en los gastos de avión, pero eso para David Chandler era lo mismo que para un padre comprarle caramelos a su hijo.

—Hoy iremos al Los Angeles Music Center.

—Hoy iremos a! Hollywood Wax Museum.

—Hoy iremos al Dodgers Stadium a ver un partido de *baseball*.

—Hoy iremos ai Ivar Theatre.

—Hoy iremos a la Municipal Art Gallery.

Visitaron también en el Los Angeles Zoo, la Casa de Adobe de North Figueroa Street, la San Fernando Mission, Disneyland, incluso los estudios de la Universal Wanda Blake había vivido siempre en Los Angeles, pero nunca hasta ahora le había parecido la ciudad tan grande, con tantos sitios para visitar. Pero no había que engañarse: una persona modesta, con dinero saliendo de todas partes, puede llegar a creerse Colón y volver a descubrir América.

Wanda Blake no supo cómo ni por qué, se dejó atraer por aquella enorme mole vital

que lo podía todo, tanto por su empuje físico como por su golpe de talonario. Atrás quedaba una cola de hombres jóvenes, unos, guapos, otros, vigorosos, unos simpáticos, otros inteligentes, algunos con varias cualidades a la vez. Todas sus relaciones con ellos habían terminado mal, un fracaso tras otro, y por ello se dijo que tal vez el equilibrio lo encontrara justo junto a un hombre como David Chandler. La idea comenzó a germinar en su cabeza, a partir de sus primeras relaciones íntimas con el hombre de Texas. Y más tarde, al cabo de los meses, le llegó la hora de tomar una decisión, cuando David Chandler le propuso:

—¿Quieres casarte conmigo, Wanda?

Aquellas palabras no la cogieron de sorpresa, por supuesto. Pero a pesar de eso, quiso tomarse un tiempo para pensarlo más detenidamente. Unirse a un hombre como David Chandler, suponía darle un giro de ciento ochenta grados a su vida, algo que a lo mejor, con el tiempo, no fuera capaz de asimilar totalmente. Ese era uno de sus miedos. Pero, por otro lado, estaba el sentimiento maternal, la añoranza de un hombre que significara el matrimonio, el hogar, los hijos... todo aquello que provenía de mucho tiempo atrás, de sus años de formación, cuando vivían sus padres. Era algo inculcado en su cerebro, qu

muchas veces se agitaba con fuerza, produciéndole alguna que otra depresión. Y pesaba mucho, a la hora de la decisión final.

La respuesta se la dio cuatro días más tarde, en el aeropuerto, cuando él descendió del avión:

—Sí.

Fueron a celebrarlo. Hicieron planes. Y entonces surgió en su vida Ned Fuller.

De eso hacía tres semanas escasas. Una tarde, al llegar a casa, había escuchado cierto movimiento en el apartamento contiguo al suyo. Y le extrañó, puesto que lo sabía abandonado desde que se fuera el matrimonio Lansing. Pensar en unos posibles ladrones

—tan en boga últimamente, según relataban los periódicos— fue lo que le hizo telefonear al conserje.

Este la sacó, de inmediato, del error. Simplemente sucedía que ya había un nuevo inquilino. Un hombre llamado Ned Fuller.

Y no tardó en conocerle. Al día siguiente, cuando ella llegaba, él salía.

—Buenas tardes —saludó Ned Fuller.

Wanda Blake se fijó al momento en él. Era un hombre atractivo, como a ella le gustaban. Cabellos rubios, algo ensortijados, ojos claros, facciones viriles, simpáticas, sin llegar a la tosquedad de David Chandler. Tendría una edad aproximada a la suya, también era alto y su contextura física no estaba mal.

—Buenas tardes —correspondió.

—Me llamo Ned Fuller y soy su nuevo vecino —se presentó a

continuación, ofreciéndole su diestra, una mano grande, de dedos largos y fuertes—. Lamento si la he molestado con algunos ruidos, pero es que estoy arreglando el apartamento a mi gusto.

Espero que lo entienda...

—Oh, no me molesta en absoluto.

—Es usted muy gentil...

—Wanda. Wanda Blake.

—Bonito nombre.

—Gracias.

—Por cierto...

—¿Sí?

—Iba a dar una vuelta, hasta la hora de la cena. Estoy solo y... ¿le importaría acompañarme?

—Pues...

—Diga que sí.

—Bueno, vale —se decidió, sin saber exactamente por qué. Tal vez porque aquella simpática sonrisa le atraía sobremanera—. Pero tendrá que esperar un momentito.

—Si es a usted, todo el tiempo que haga falta.

Ella le devolvió la sonrisa y desapareció en su apartamento. David Chandler estaba en Dallas, y no se iba a enterar, ¿por qué no echar una canita al aire? También las mujeres tienen derecho, ¿no?

No sólo pasearon sino que también cenaron juntos. Ned Fuller resultó ser un tipo fenomenal, con el que el tiempo se pasaba volando, sin darse cuenta. Había dicho ser decorador, no ganar excesivo dinero, pero sí el suficiente como para poder vivir con cierta independencia, y no tener ningún lazo familiar. Su lugar de nacimiento era Stockton había estudiado en San Francisco y estaba ejerciendo su profesión desde hacía siete años, recorriendo toda la Costa del Pacífico; cuando se cansaba de un sitio, cogía el portante y se largaba. Tenía una forma de contar las cosas, graciosa chispeante, que parecía embobar. Y tanto se embobó Wanda que cuando amaneció al día siguiente se encontró

encima de un torso desnudo, velludo y varonil, que subía y bajaba acompasadamente.

—Hola, nena —saludó Ned Fuller.

Se notaba pesada, con la boca pastosa, aún abotargada por la resaca, pero a pesar de todo esto, reaccionó al momento, dando un brinco en la cama.

—¡Ey! ¿Qué pasa? —exclamó él—. No soy un marciano, nena. Soy yo. Ned.

Ella ya había saltado del lecho, desnuda como una recién nacida, pero con muchas más curvas, por supuesto. Tenía los ojos muy abiertos, y las manos tratando de cubrir sus partes.

—Pero ¿a qué viene esto? —siguió exclamando Ned

Fuller, tan asombrado como ella, pero por distinto motivo—. Hace unas horas tú y yo éramos como...

—¡No lo digas! —chilló ella.

—¡Bueno! —encogió los hombros, de rodillas sobre la cama—. ¡No hay quién entienda a las mujeres! ¡Actúas como si fueras una virgen o una mujer casada! ¡Y no eres nada de eso!

—¡Mis ropas! —exigió.

—Están donde las dejaste. Yo no las he tocado. ¿Es que no recuerdas?

Había empezado a recordar, sí, pero al instante siguiente había tascado el freno de la memoria. No quería saber nada. Lo pasado, pasado estaba. Se había comportado como una tonta jovenzuela, dejándose atraer por el fuerte magnetismo de aquel hombre, y ya no tenía remedio. Lo mejor sería correr un tupido velo y olvidar.

Se vistió a toda prisa, salió del apartamento sin despedirse, pasó al suyo, terminó de arreglarse y, poco después, llegaba a la empresa.

Durante un par de días, no coincidió con su vecino, pero sí le escuchó moverse al otro lado del tabique. Saberle tan cerca, le ponía nerviosa. Incluso llegó a pensar en cambiar de vivienda.

La tercera noche, alguien tocó el timbre. No abrió. Se limitó a observar por la mirilla.

Era él. Ned.

—Sé que estás ahí, Wanda —dijo el decorador—. Te he oído.

¡Los malditos tabiques de papel!

—Abreme, por favor. Quiero hablar contigo.

Vaciló.

—Te lo ruego, Wanda. He estado meditando sobre lo sucedido el otro día, y creo que debemos hablar seriamente. Haz el favor...

Era la misma voz que la había idiotizado la noche de marras. Una voz dulce, acariciante, y a la vez varonil. Una voz a la que parecía imposible negarse.

Y abrió.

—Gracias, Wanda —fue lo primero que él dijo, una vez se encontraron cara a cara.

Ella no repuso nada. Abrió el camino hasta el *living*.

Allí se acomodaron, y entonces le miró interrogativamente. Ned Fuller comprendió.

—Bien —entrelazó los dedos de sus manos—. En primer lugar, quiero decirte que... que lamento lo ocurrido la otra noche. Yo... pues bien, no tenía ninguna intención premeditada. Las cosas rodaron así... En fin, yo soy soltero, sin ningún compromiso, tú manifestaste lo mismo; no era incongruente, dado que nos lo estábamos pasando muy bien, que... que eso. Pero claro, yo no pensaba que tú fueras a tomártelo de esa forma.

De hecho, en todo momento te mostraste conforme y... y... Bueno, no sé cómo seguir, diablo. Quiero decirte que... que he estado pensando en ello, que me gustas, que creo que podríamos seguir saliendo, y que también podríamos convertir nuestras relaciones en algo más serio, con el paso de algún tiempo.

De pronto, se calló, como si ya hubiera terminado todo el rollo que pensaba decir, y no tuviera más palabras en su mente.

Ella le miró fijamente. Le vio nervioso, un tanto vacilante. No parecía el mismo tipo de la otra noche. ¿Era sincero?

De todas formas, ella sí debía serlo. Pensándolo detenidamente, también había tenido buena parte de culpa, si no toda. No había sabido ser responsable, no había sabido decir no, llegado un momento, incluso le había engañado descaradamente, porque...

—Yo estoy comprometida, Ned —dijo., de repente, desviando la mirada al suelo.

—¿Cómo? —respingó él.

—Te mentí. Estoy prometida a un hombre. Dentro de dos semanas, voy a casarme con él.

—Pe-pero...

—La otra noche perdí la cabeza. Lo siento. Fue culpa mía, en realidad.

Era lo de siempre. Cuando algo funciona mal entre dos personas, y por fin una de ellas se lanza a ser sincera y a mostrarse como culpable, la otra no quiere ser menos, y hace lo mismo.

Durante más de media hora, estuvieron discutiendo acerca del asunto. Ella se confesó a él, y Ned se lamentó que Wanda ya estuviera comprometida. Insistía en que entre los dos

podía haber habido algo más. Finalmente, quedaron como amigos.

David Chandler apareció por Los Angeles justo el día siguiente, estando todo aún muy fresco. Ella no le dijo nada, se limitó simplemente a hacer comparaciones mentales entre él y Ned. A los dos les veía ventajas y desventajas, pero había algo que inclinaba la balanza hacia el tejano: la seguridad que representaba. Además, ya estaba todo concretado y... y no podía ni quería volverse atrás.

Continuó viendo a Ned Fuller, por supuesto, durante aquellas dos semanas. Incluso llegaron a cenar un par de veces juntos. El, en las conversaciones, no podía evitar dejar escapar alguna lamentación por el compromiso de ella. La última vez habíase atrevido a preguntarle:

—¿Estás absolutamente convencida de que serás feliz, al lado de un hombre así?

La respuesta de Wanda había sido afirmativa, y eso sumió en un huraño mutismo a Ned.

—¡Por la felicidad de Wanda! —brindó, de pronto, otro de sus

compañeros. Estas palabras tuvieron la virtud de sacarla de su abstracción.

Felicidad, pensó, ¿la conseguiré?

CAPITULO II

El titular del periódico rezaba así:

«EL SINDICATO ESTA DE LUTO».

Y luego, en dos columnas, explicaba lo siguiente:

«Lou Cochran, uno de los reyezuelos del Sindicato en Las Vegas, fue muerto ayer noche por los federales. Estos habían recibido el soplo de que John "Big" Hodiak, reclamado en el estado de California, por atraco a mano armada, con el agravante de asesinato en la persona de un guardia jurado, se escondía en el local Blue Cloud, propiedad de Lou Cochran. Se presentaron allí con un mandamiento judicial,, y Lou Cochran no se opuso, confiado en que no descubrirían la falsa pared que llevaba a un sótano secreto. Pero, por lo visto, los federales, al mando de un tal inspector Jasper, recién llegado de Los Angeles para la captura de John "Big" Hodiak, estaban muy bien informados. Dieron con el lugar y con el tipo buscado. Por supuesto, John "Big" Hodiak sabía lo que le esperaba y, además, iba armado. Se organizó un feroz tiroteo, los hombres de Cochran se pusieron de lado del forajido... y el resultado final fue tres pistoleros muertos, John "Big" Hodiak, herido de gravedad, dos federales con heridas leves y Lou Cochran, quien opuso resistencia al ir a ser detenido, muerto también.»

El hombre dejó caer el periódico sobre la mesa. Su ceja derecha se arqueó, con gesto de preocupación. No era una noticia agradable la que acababa de leer. ¿Podía tener alguna repercusión para él? Suponía que no, pero como él era un tipo que gustaba de cuidar todos los detalles, hasta los más insignificantes, no estaría de más que en este trabajo actuara con pies de plomo.

—Plomo... —murmuró, meneando la cabeza de un lado a otro, como si lo lamentara, como si tuviera sentimientos—. Pobre Lou...

Se puso en pie, y dio unos cuantos pasos por la habitación, meditando. John «Big»

Hodiak y Lou Cochran habían tenido mala suerte, los chivatos siempre son la perdición de uno, por ello él casi nunca se mostraba como

realmente era. Sabía que los «polis» le llamaban «Killer, el hombre de las mil caras», y eso le gustaba. Hablaba del desconcierto que había sembrado entre ellos. El sí sabía cuidarse. No, no le iba a pasar como a Hodiak o a Cochran.

El asunto de Dallas ya lo tenía bien estudiado. Tanto el lugar como las víctimas. No iba a ser muy difícil, según su opinión. Ahora bien, había algunas cosas, algunos puntos, que le tenían con la mosca tras la oreja, pero esperaba aclararlos una vez empezara la fiesta.

Por otro lado, había llegado el día de volver a llamar a la tal Jennifer.

Descolgó el auricular marcó el prefijo 214 y luego el número que tenía escrito ante sí.

Tuvo que aguardar un largo minuto hasta escuchar la voz.

—Dígame.

—¿Jennifer?

Hubo un silencio.

Después:

—¿Ki... killer?

—El mismo. Le llamaba para decirle que estoy listo. Cuando usted quiera...

—¿Se ha documentado bien?

—Perfectamente.

—¿Ha estudiado a las víctimas?

—Sí.

—Pues bien, le confirmo la fecha. A partir del día catorce, puede comenzar su trabajo.

Primero, la persona marcada en la foto con un uno, luego la marcada con un dos.

¿Entendido?

—Sí.

—Cuando termine, vuelva a llamarme. Quedaremos para el cobro del resto. ¿Algo más?

—En la otra ocasión, no hablamos de un punto importante. ¿Quiere que los sucesos parezcan un accidente o no? Lo primero le costaría más caro, compéndalo, hay que hilar más fino.

—No hace falta. Nadie se lo iba a creer ¿no le parece a usted?

—Sí, pero... ¿y si colara?

—No importa. Hágalo de la forma habitual. No voy a pagar un centavo más.

—Conforme.

—Espero que no falle, Killer.

—Nunca fallo, Jennifer.

Y colgó, con una indescifrable sonrisa dibujada en los labios.

CAPITULO III

Ned Fuller se comportó muy amablemente. La noche anterior había estado ella en su apartamento, para despedirse. El, al saber que se iba sola, se ofreció inmediatamente a llevarla en su coche al aeropuerto. Insistió tanto, que Wanda no supo negarse.

Cuando llegó el momento de la despedida final, después de haberse desembarazado del equipaje —dos pesadas maletas—, Ned preguntó, tomando una de sus manos:

—¿Nos volveremos a ver?

—No sé —contestó ella, sintiendo la caricia del hombre—. Supongo que en alguna ocasión volveré por aquí...

—Pero ¿me llamarás para vernos?

—Sí...

—¿Prometido?

—Prometido.

—Y ya sabes, si necesitas algo de mí...

—Gracias, Ned.

—Adiós, Wanda.

—Ad...

El se inclinó ligeramente hacia adelante, besando con suavidad los labios de la mujer.

—Adiós —dijo finalmente ella, cuando Ned Fuller se separó.

Acto seguido, dio media vuelta y desapareció por la puerta, sin atreverse a mirar atrás.

Dentro de sí notaba algo extraño, una especie de inseguridad, de duda, pero no, tenía que seguir adelante, adelante...

Hasta el avión, fue un paseo del que apenas se dio cuenta. Ni siquiera se percató de que había subido y bajado de un autobús. Despertó de su ensimismamiento cuando la azafata aconsejó abrocharse los cinturones, y prohibió que fumaran. Y no porque hubiera escuchado a la bella señorita uniformada, sino porque su vecino de asiento le palmeó en un brazo, diciéndole:

—Señorita, el cinturón...

—¿Eh? —su mirada estaba perdida más allá de la ventanilla, Pero ya era tarde para poder distinguir a Ned Fuller, caso de que estuviera en alguna de las terrazas. Mejor así...

—El cinturón —insistió su compañero de viaje.

—Oh, sí, claro...

Se lo abrochó apresuradamente. El avión de la Eastern Airlines iba a iniciar el despegue de un momento a otro. La azafata recorrió todo el pasillo, comprobando que los pasajeros habían cumplido los ruegos.

—¿Es la primera vez que va en avión? —le preguntó entonces el hombre.

Wanda Blake le miró más detenidamente. Por un momento, le recordó a Ned Fuller. Un hombre joven, no más de treinta años, de piel atezada, tipo atlético... no era rubio, sino moreno su cabello, muy recortado, y sus ojos eran del color de la miel. Poseía un rostro de facciones menos suaves que las de Ned, con un sugestivo encanto varonil. Vestía ropa deportiva, su mirada era franca y tenía todo el

aspecto de un hombre activo y saludable.

—No —contestó.

—Creí que...

—¡Oh, mire la ciudad! —exclamó ella, el rostro pegado a la ventanilla.

El se aproximó más, estirando el cuello, ya que el cinturón le impedía moverse a su gusto. De todas formas, la azafata ya regresaba, dando licencia a la comodidad. Wanda Blake giró la cabeza para desabrocharse el cinturón, y casi tropezó con el perfil del hombre. El encogió el cuello, imitándola y diciendo:

—Mi nombre es James. James Kane.

—Wanda Blake.

Se sonrieron, ya libres de la traba. El hombre sacó su cajetilla de cigarrillos.

—¿Fuma?

—Bueno...

Le ofreció también la llamita de su encendedor electrónico, de oro.

—¿Va a Dallas?

—Sí.

—Yo también.

—¿Quiere una revista? He comprado varias para no aburrirme durante las horas de vuelo que nos esperan...

Ya le alargaba una, no sabía el tal James Kane si con la intención de cortar la conversación. La aceptó, con unas palabras de agradecimiento.

Así transcurrió la primera media hora, al cabo de la cual el hombre observó cómo ella terminaba la revista que tenía en las manos. Aprovechó entonces para cerrar la suya y reiniciar la charla.

—¿Está cansada?

—No.

—Estos vuelos siempre se hacen pesados...

—Si usted lo dice... ¿Quiere hacer el favor? —se puso en pie—. Desearía ir al lavabo.

James Kane se apresuró a dejarla pasar. La vio alejarse por el pasillo, con un sugestivo movimiento de caderas que le obligó a encanutar los labios. Desde luego, según lo que había podido observar, la chica no estaba nada mal. El único inconveniente es que era un poco arisca. Lamentándose de eso, retornó a la lectura de la revista. Carolina de Monaco y el señor Junot, en su idílica luna de miel...

Cuando ella regresó a su lado, él ya había comenzado con la otra revista. Sólo se diferenciaba de la anterior en los chistes y los pasatiempos.

—Por favor...

Nuevamente se ladeó. Ella tomó asiento, y él le devolvió la revista.

—Perdone, pero como había acabado con la otra...

—No se preocupe —la rechazó—. Yo también la terminé.

—Bien.

Ella cogió la que él leyerá antes, y se olvidó por completo de la presencia de su compañero.

Tres cuartos de hora más tarde, tuvieron que dejar la lectura para atender el pequeño almuerzo que les acababan de servir.

Comían en silencio y, de vez en cuando, él le dirigía furtivas miradas. Ella, desde luego, no parecía conocer su existencia.

Cuando terminaron, y la azafata ya había recogido las bandejas, él volvió a ofrecerle tabaco.

Nuevamente aceptó.

—Yo voy a Dallas por asuntos de negocios, ¿sabe? —quiso entablar conversación James Kane.

—Oh —soltó una bocanada de humo, ella.

—Soy agente artístico, y tengo que firmar unos contratos importantes para mis representados.

—Ya.

—¿Y usted?

Wanda Blake le miró fijamente. Aquel hombre tenía un cierto atractivo, como Ned Fuller, y por eso no quería que volviera a sucederle lo mismo. Le apetecía entablar cháchara con él, conocer más cosas sobre su persona, comprobar si era un tipo agradable y simpático..., pero no, todo eso podía llevarla a otra aventurada relación, que no tenía ningún objeto, porque su destino estaba al lado de David.

¿Seguro? ¿Seguro que al lado de David?

Porque, ¿qué significaban todas esas debilidades? ¿De verdad estaba enamorada de David? ¿De él, de la seguridad que ofrecía, de su petróleo...?

Oh, Dios, qué imbécil. ¿Cómo podía estarse haciendo esas preguntas, camino de Dallas, a dos escasos días de su boda? ¿Estaba bien de la cabeza?

—¿Ocurre algo? —se mosqueó James Kane, al observar que ella no respondía, y continuaba con los ojos clavados en su rostro.

—No, nada —salió de su abstracción.

—Olvidó responderme. Vamos, si no le molesta...

—No...

—Me gustaría que nos viéramos en Dallas. Yo tendré algunos ratos libres. ¿Conoce usted la ciudad?

—No.

—Podríamos conocerla juntos. Yo estuve en una ocasión, pero apenas pude ver algo.

—Lo siento, señor Kane.

—¿Cómo?

—No podrá ser.

—Oh, entiendo. No me conoce lo suficiente y teme que...

—No se trata de eso.

—¿Entonces...?

—Voy a Dallas a casarme. ¿Comprende ahora?

El, simplemente, parpadeó. No perdió la sonrisa, y repuso con idéntico tono de voz:

—Envidia a su futuro marido.

Ya no dijo más. Volvió a la lectura de la revista, y ella se dedicó a contemplar el azul del cielo. Lo que restó de viaje fue una especie de tortura, haciéndose una serie de preguntas, que le producían cierta angustia. Sólo cuando se despidió de James Kane...

—Adiós, señorita Blake. Ha sido un placer conocerla.

—Suerte con sus contratos, señor Kane.

—Lo mismo le deseo en su matrimonio. Hasta la vista.

—Adiós.

Y ya no le vio más junto a ella, comenzó a sentirse más tranquila. Todavía más, cuando se encontró entre los brazos de David Chandler, ya en el Dallas-Forth Worth Internacional Airport.

—Nena, ¿cómo te ha ido el viaje? —le preguntó el fornido tejano, después de estrujarla entre sus poderosos brazos y besarla ávidamente.

—Muy bien.

—Te encuentro algo nerviosa. No te va el avión, ¿eh?

—Sí, será eso...

—Anda, vamos. Fuera, tengo el coche. Aún nos queda un largo trecho hasta la ciudad.

—Las maletas...

—Oh, sí, qué torpe. Con la emoción de tenerte conmigo, me he olvidado de ellas. Ven.

La tomó de una mano, y la condujo hasta el lugar donde servían los equipajes.

—Todo el mundo está deseando conocerte —le comentó, mientras esperaban—. Les he hablado tanto de ti, que están locos por verte.

—Espero no defraudarles.

—Seguro que pensarán que me he quedado corto.

—¡Ahí están las maletas!

—¿Cuáles son?

Poco después, David Chandler cargaba con las dos maletas, como si de dos plumas se tratara. Los dos, juntos, se dirigieron al *parking*.

Dio la casualidad que se cruzaron con James Kane, quien en aquellos momentos iba a subir a un taxi.

—¡Adiós! —agitó él una mano. Wanda Blake había intentado pasar desapercibida.

Correspondió, de mala gana.

—¿Quién es? —se interesó el tejano—. ¿Un amigo tuyo?

—No. Un compañero de viaje.

—Ya. ¿Quieres que lo llevemos a la ciudad? ¿Va a Dallas?

—Sí.

—Entonces... —iba ya a llamarle.

—Espera —le detuvo ella—. Quería decirte que sí, que va a Dallas, pero no hace falta que lo llevemos, puede ir en el taxi. ¿Ves?

—Está bien. Mejor los dos solos. No quise que me acompañara nadie, por eso.

Ella le sonrió pícaramente. Luego, ya en el interior del coche, las maletas guardadas en el capó, Wanda se abrazó a él, y le besó con fuerza. Mientras lo hacía, no pudo evitar el preguntarse si aquello era amor sincero o un acto de querer convencerse a sí misma de que todo lo que hacía era lo que debía.

CAPITULO IV

La residencia de los Chandler, a las afueras de la ciudad, desprendía

lujo por todos lados. Profusamente iluminada en la noche, a Wanda Blake le pareció el castillo de un cuento de hadas.

Un hombre alto y delgado, elegantemente uniformado, les esperaba bajo la marquesina de entrada, después de haber salvado la verja de entrada y haber cubierto un largo trecho entre árboles y macizos de flores.

Al detener el coche, un «Jaguar» biplaza, el hombre se acercó ceremoniosamente.

—Este es Peter, el mayordomo —presentó David Chandler—. Ella es la señorita Blake.

—Encantado, señorita Blake.

—Toma, Peter —le entregó las llaves del coche—. Guárdalo en el garaje.

—Sí, señor.

—¿Están todos en la casa?

—Sí, señor.

—No te olvides de las maletas. Van en el capó.

—No me olvidaré, señor.

—Muy bien —enlazó por la cintura a su futura esposa—. Adelante, princesa.

Un poco cohibida, Wanda Blake se dejó arrastrar por el millonario tejano. La mujer penetró entonces en un mundo nuevo, suntuoso, que impresionó hondamente sus pupilas. Recorrió pasillos de lujo, cruzó salas propias de reyes, un par de doncellas la saludaron con una sonrisa y una leve reverencia. Finalmente, llegaron a una biblioteca que era tan grande como su apartamento de Los Angeles. Allí, además de muebles de nogal, cuadros de precio, alfombras persas y libros de brillante encuadernación, había muchas personas. Todas ellas vistiendo ropas muy elegantes, como si estuvieran en una fiesta de categoría.

—¡Por fin estáis aquí! —exclamó uno de los hombres, tan alto y corpulento casi como David Chandler. Era unos años más viejo, y su rostro aún poseía mayor dureza.

Se acercó a los recién llegados, los brazos abiertos.

—Ya le conoces —habló David, sonriendo—. Me acompañó en un par de ocasiones. Mi hermano Lucius.

—Sí —asintió ella, estrechando su mano. Pero Lucius Chandler no se conformó sólo con eso. Tuvo que darle un beso en cada mejilla.

—Mi hermano ha tenido un ojo... —comenzó con cara de envidia.

Algunos rieron.

David Chandler dijo:

—A Joan también la conoces.

Se refería a una mujer de su edad, aproximadamente, de cabellos rubios, muy largos, que le llegaban hasta mitad de espalda. Estatura mediana, ojos azules y busto de proporciones generosas, eran otras de sus características.

—Cierto —convino Wanda, adelantándose a saludarla—. También te acompañó en algún viaje. Tu secretaria, Joan Conroy. Por otro lado, David me habla muy frecuentemente de usted. Dice que es muy eficiente.

La otra forzó una sonrisa. Incluso Wanda notó cómo se envaraba cuando la besó.

—Hola —dijo simplemente la secretaria de David Chandler. Luego, retornó a la butaca que ocupaba.

—Y ésta es Betty Drake —presentó a la otra mujer que allí había, David Chandler—. Es la secretaria de mi hermano.

Se encontraba también sentada en una butaca, las piernas cruzadas de una forma diabólica. Su corta melena, de cabellos castaños, encuadraba un rostro atractivo, de pulposos y rojos labios y bonitos ojos almendrados. Se puso en pie para saludar a la recién llegada, y así lució su espléndida figura, muy curvilínea.

—¿Qué tal, Wanda? —se mostró la mar de cordial, al tiempo que correspondía a sus besos.

Ahora le llegó el turno a un hombre de unos cincuenta años de edad, ni alto ni bajo, cierto grosor, sobre todo de barriga, y de pelo muy canoso. Poseía un rostro de facciones angulosas, ojos menudos y orejas

un tanto alargadas, picudas. Carraspeó un poco al sentirse nombrado.

—Robert Carson, abogado de nuestra firma.

Y luego estrechó la diestra de la futura señora de la casa.

—Y ya sólo queda Lewis Barton —se dirigieron hacia el otro hombre. En el aspecto físico, apenas nada tenía que envidiar a los hermanos Chandler; su edad no sobrepasaría los treinta y cinco años, y las facciones de su rostro eran mucho mas agradables, con unos ojos oscuros que miraban profundamente—. Es nuestro ingeniero jefe.

Lucius, entretanto, ya había abierto el amplio mueble bar, y servido distintas copas.

Exclamó:

—¡Y ahora, brindemos por Wanda!

Comenzó a repartir los vasos. Todos alzaron éstos, en un mudo brindis, cara a la recién llegada, para después beber despaciosamente.

Lucius parecía el más animado de todos los allí reunidos, al menos de los que esperaban a la pareja de enamorados, y en seguida se puso a charlar por los cuatro costados, animando así el cotarro.

Poco a poco, el tema que predominó fue el de los pozos petrolíferos, y como Wanda Blake apenas sabía de esto —lo que le había contado David, cosas suejtas—, el aburrimiento empezó a invadirla. Por otra parte, las dos secretarias no parecían muy propensas a la conversación con ella, sobre todo la tal Joan Conroy, así que comenzó a sentirse algo así como fuera de lugar. Y pensar que ése podía ser el sino de su futura vida, como esposa de David Chandler, todavía la puso de peor humor.

—David

—¿Qué, cariño?

—Me gustaría retirarme.

—Pero si acabamos de llegar.

—Comprendo, estoy cansada del viaje...

—Bueno, sí. Como quieras. ¿No te apetece, antes, comer algo sólido?

—No, gracias. Tengo bastante con lo que tomé en el avión, Wanda Blake realizó una despedida general y salió de la biblioteca, acompañada por David Chandler, quien antes había pulsado un botón, llamando a una de las doncellas, que ya les esperaba en la puerta.

—¿Está preparada su habitación?

—Sí, señor.

Wanda Blake aún tuvo oportunidad de asombrarse un poquito más, recorriendo otra buena parte de la mansión. La pieza que le tenían lista le causó verdadero asombro, nunca, antes, había dormido en un lugar así. El decorado, los armarios, el lavabo propio, la cama, las colchas... todo parecía el sueño de una Cenicienta.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—¡Claro que sí! —exclamó medio atontada.

—Espero que también te guste nuestra habitación.

—¿Cómo es?

—Ya la verás pasado mañana.

—¿Un secreto?

—Algo así.

La doncella ya se había retirado, tras serle dada la conformidad por los dos. David Chandler aprovechó entonces para tomarla entre sus brazos y besarla.

Ella correspondió con toda su pasión al beso, pero no se sintió del todo satisfecha. En su mente aún estaba fresco el recuerdo de Ned Fuller. O del mismo James Kane, aunque con éste no había llegado a intimar. Pero el deseo, el secreto deseo, había existido.

—Que descanses, nena —la soltó él. Le dio ahora un fugaz beso en la comisura de los labios y luego cerró la puerta.

Wanda Blake dio un par de vueltas sobre sus pies, para terminar de creerse todo aquello. Después, fue al lavabo e hizo sus necesidades. Mientras se lavaba las manos, se miró en el espejo.

—Seguro que ahora todos están hablando de mi... —musitó.

No se equivocaba.

Los hombres habían formado un grupo y las mujeres otro. El tema era el mismo: Wanda Blake, la futura esposa de David Chandler. La forma de tratarlo era muy distinta, sin embargo. Lucius Chandler lo había planteado de una manera jocosa;

—No diréis que mi hermano no tiene un gusto exquisito. Esa muchacha está cañón,

¿eh?

—Muy guapa —comentó Lewis Barton, el ingeniero jefe.

—No seas corto, Lew. ¡Es un tía pistonuda! ¿Has visto qué trasero? ¿Y qué dos...? —se colocó las manos, ya vacías, a la altura del pecho, muy significativamente.

Robert Carson carraspeó nuevamente.

—Cuídate la garganta, Bob —le aconsejó Lucius.

—No es eso —replicó el abogado—. Creo que tu futura cuñada se merece...

—Déjate de remilgos, hombre. Esta es una conversación privada. Los tres somos de confianza, ¿no?

Los otros dos asintieron.

—Pero... —fue a agregar Robert Carson.

—Mira, Bob. Lo que a ti te ocurre, yo lo sé. Te hace falta animación. Estás solo, hace

unos años te quedaste viudo, y hace unos meses, desgraciadamente, murió tu hijo. Desde entonces, cada día te veo más pachucho, ¡y así no puedes vivir, hombre! ¡ Lo que necesitas son mujeres como mi cuñadita! ¿A que sí, Lew?

El ingeniero jefe se humedeció los labios con la lengua y contestó:

—Indudablemente, yo también creo que le hace falta un poco de diversión al amigo Bob. Y respecto a la novia de tu hermano...

—¿Cuál es tu sincera opinión? Tú eres soltero, sin compromiso y con buen gusto. Te he visto muchas veces acompañado por unas señoras que ya, ya...

—Sólo puedo decirte una cosa —apuró su vaso, en una pausa estudiada—. ¡Lástima que yo no la viera primero!

Lucius Chandler estalló en carcajadas, y el abogado y el ingeniero, para no ser menos, se unieron a ellas con unas breves risas.

Esto llamó la atención de las dos mujeres, que no se encontraban muy lejos, sentadas en las butacas, una frente a la otra.

—Mira cómo ríe esa bestia —comentó, con mal disimulado gesto de odio, Betty Drake.

—Si te oyera...

—Se lo he dicho muchas veces a la cara. ¡ Es una bestia, y nunca dejará de serlo!

—Pero sigues a su lado.

—Necesito el empleo.

—Ya.

—Así es la vida. Joan. Tú estás enamorada de tu jefe, y él nunca te ha hecho puñetero caso, o cuando te lo ha hecho, ha sido simplemente una relación sexual, de puro instinto animal, y ahora va a casarse con una mujer a la que conoció hace un año y ha visto unas cuantas veces al mes. Yo, por el contrario, no soporto a mi jefe, y él, empero, está coladito por mis huesos y mis carnes...

—No tanto.

—Ya sé que tiene relaciones con otras mujeres, pero son esporádicas y sin continuidad con ninguna de ellas. La que lo vuelve loco soy yo.

—No estés tan segura de ti misma. Yo le he visto en un par de ocasiones acompañado por la misma mujer.

Betty frunció el ceño.

—¿Sabes quién es?

—Un día iba con David y se la señalé. Me dijo que era una tal Diane

Porter, una *call-girl* de postín.

Betty suspiró, aliviada, al escuchar la profesión de la mujer que podía inquietarla. Y

exclamó, despectiva:

—¡Bah!

Joan se encogió de hombros, como diciendo «allá tú; yo te he avisado».

—¿Y qué te ha parecido esa mosquita muerta? —le preguntó, a continuación, Betty—.

Sí que lo ha pescado bien, ¿eh?

—Una zorra.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Qué quieres que haga? Asumir mi papel de perdedora y esperar.

—Esperar, ¿qué?

—Tal vez el matrimonio se vaya pronto a pique.

—Sí, es una posibilidad. Pero a David Chandler lo veo muy animado. Y la chica hay que reconocer que no está nada mal. Si es por él, creo que hay cuerda para rato.

—No seas pajarraco de mal agüero.

—Y tuvo que ir a Los Angeles para encontrarla. ¡Como si no hubieran en Dallas!

—Los hombres son así. Nunca ven lo que tienen cerca.

—¡Cuidado! ¡Ahí viene!

En efecto, David Chandler acababa de aparecer en la biblioteca. Regresaba, muy sonriente, frotándose las manos en evidente signo de satisfacción.

Se acercó por la espalda del ingeniero y del abogado, y les rodeó los hombros con sus brazos, asomando su cabeza entre la de ellos.

—¿Qué os ha parecido? —preguntó.

—Una chica formidable —alabó inmediatamente Lewis Barton, entregándole su vaso a Lucius, quien marchó a preparar una nueva ronda.

—¿Y tú qué dices, Bob, siempre tan callado? —le palmeó la espalda con fuerza.

El abogado carraspeó como en él era costumbre.

—Yo... yo no la conozco. No la he tratado. La primera impresión es buena.

—Y las siguientes, ya verás.

—Seguro, David.

El poderoso tejano se separó de ellos y se aproximó entonces a las mujeres.

—¿Y vosotras? ¿Qué os ha parecido a vosotras?

—No tengo más remedio que felicitarle, señor Chandler —le sonrió Betty Drake—.

Como dice su hermano, ha tenido usted muy buen ojo.

Joan permaneció en silencio, mirando hacia otro lado.

—¿No dices nada, Joan? —preguntó él.

Ella dejó correr aún unos segundos más de mutismo.

Luego giró la cabeza y espetó:

—Una chica lista.

David Chandler fue a decir algo, el rostro grave súbitamente, pero en esos momentos apareció por medio su hermano, con nuevas copas.

—¡Vamos! ¡Hay que animarse!

Y con ello se zanjó el tema.

Betty suspiró, aliviada, al escuchar la profesión de la mujer que podía inquietarla. Y

exclamó, despectiva:

—¡Bah!

Joan se encogió de hombros, como diciendo «allá tú; yo te he avisado».

—¿Y qué te ha parecido esa mosquita muerta? —le preguntó, a continuación, Betty—.

Sí que lo ha pescado bien, ¿eh?

—Una zorra.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Qué quieres que haga? Asumir mi papel de perdedora y esperar.

—Esperar, ¿qué?

—Tal vez el matrimonio se vaya pronto a pique.

—Sí, es una posibilidad, Pero a David Chandler lo veo muy animado. Y la chica hay que

reconocer que no está nada mal. Si es por él, creo que hay cuerda para rato.

—No seas pajarraco de mal agüero.

—Y tuvo que ir a Los Angeles para encontrarla. ¡Como si no hubieran en Dallas!

—Los hombres son así. Nunca ven lo que tienen cerca.

—¡Cuidado! ¡Ahí viene!

En efecto, David Chandler acababa de aparecer en la biblioteca. Regresaba, muy sonriente, frotándose las manos en evidente signo de satisfacción.

Se acercó por la espalda del ingeniero y del abogado, y les rodeó los hombros con sus brazos, asomando su cabeza entre la de ellos.

—¿Qué os ha parecido? —preguntó.

—Una chica formidable —alabó inmediatamente Lewis Barton,

entregándole su vaso a Lucius, quien marchó a preparar una nueva ronda.

—¿Y tú qué dices, Bob, siempre tan callado? —le palmeó la espalda con fuerza.

El abogado carraspeó como en él era costumbre.

—Yo... yo no la conozco. No la he tratado. La primera impresión es buena.

—Y las siguientes, ya verás.

—Seguro, David.

El poderoso tejano se separó de ellos y se aproximó entonces a las mujeres.

—¿Y vosotras? ¿Qué os ha parecido a vosotras?

—No tengo más remedio que felicitarle, señor Chandler —le sonrió Betty Drake—.

Como dice su hermano, ha tenido usted muy buen ojo.

Joan permaneció en silencio, mirando hacia otro lado.

—¿No dices nada, Joan? —preguntó él.

Ella dejó correr aún unos segundos más de mutismo. Luego giró la cabeza y espetó:

—Una chica lista.

David Chandler fue a decir algo, el rostro grave súbitamente, pero en esos momentos apareció por medio su hermano, con nuevas copas.

—¡Vamos! ¡Hay que animarse!

Y con ello se zanjó el tema.

CAPITULO V

El hombre terminó de maquillarse frente al espejo. Pero no se retiró. Durante unos largos minutos, se dedicó a observarse detenidamente.

Tenía el pelo del color de la paja, ensortijado, bastante largo. Sus ojos

eran azules, muy claros. El hueso de la nariz presentaba un ligero abultamiento en su parte superior. Poseía unos pómulos altos, muy marcados. Una perilla dorada cubría su barbilla. Alargó su mano derecha y cogió unos anteojos a lo John Lennon, que había sobre una repisa cercana. Se los colocó. Acto seguido, soltó un gruñido de aprobación. Nadie juraría que se trataba de la misma persona de media hora antes. El disfraz era bueno.

A continuación echó mano de la «Magnum» que se encontraba en el mismo sitio que los lentes, y la revisó como si fuera un entendido en armas. Satisfecho de la comprobación, la guardó en la funda axilar, que ya llevaba colocada sobre la camisa.

Más tarde, salió al *living*. Sobre una butaca había una bolsa de deportes y una chaqueta. Abrió la bolsa y curioseó su interior, tranquilamente, sin prisas. No faltaba nada, no se había olvidado de nada. Cerró la bolsa, tomó la chaqueta y se la colocó. Le venía ni que a medida. No se notaba en absoluto que llevaba una pistola bajo ella. El sastre había realizado una buena labor.

De pronto, movió su brazo derecho hacia adelante, con un raro giro de la muñeca.

Inopinadamente, un endiablado y escalofriante estilete surgió entre sus dedos. Sonrió fríamente. Aquello también funcionaba.

Lo guardó en su sitio, cogió la bolsa de deportes y se dirigió hacia la salida.

Killer iba a empezar a trabajar.

* * *

—¡Vivan los novios! —chilló uno.

—¡VIVAN LOS NOVIOS! —coreó la multitud de invitados al convite que se celebraba en los jardines de la residencia de los Chandler.

David y Wanda acababan de llegar en un monumental «Lincoln Continental». Se habían retrasado un poco respecto a los demás porque habían realizado una breve parada en el estudio de un conocido fotógrafo para que los inmortalizara con sus elegantes trajes de novios. Ambos aparecían radiantes y felices, con ancha sonrisa y ojos brillantes por la excitación del momento. Caminaron cogidos del brazo, entre los vítores y las felicitaciones de los invitados.

Estos eran más de un centenar, y todos ellos, hombres y mujeres, pertenecían a la alta sociedad de Dallas. Se podía decir, sin temor a equivocarse, que allí se encontraba la flor y la nata de la ciudad. Toda clase de personajes influyentes: autoridades, políticos, empresarios, banqueros..., todos reunidos en aquellos bellos jardines para conversar amigablemente, felicitar a los novios y degustar el variado *lunch* que se servía en las distintas mesas allí preparadas para el efecto, y que eran atendidas por un servicio alquilado de camareros.

El tiempo acompañaba. Hacía un día apacible, un poco caluroso, con un cielo límpido de nubes, luciendo un bonito color azul turquesa.

—¿Eres feliz, cariño? —le preguntaba David Chandler a su mujer.

Wanda Blake, ahora Wanda Chandler, asintió con la cabeza. Estaba profundamente emocionada, aunque no sabía explicar exactamente la razón, tal vez fuera la mezcla de sentimientos encontrados.

Los dos llegaron, entre el alboroto de la gente, a lo que podríamos llamar mesa presidencial. En medio justo, se alzaba una espléndida tarta nupcial, de varios pisos de altura, rematada por las figurillas de dos novios que habían sido creados, por expreso ruego del multimillonario tejano, a imagen y semejanza de Wanda y él.

—¡Que cada uno tome lo que quiera! —gritó David Chandler, alzando su copa.

Pero aquellas palabras sobraban. Muchos no habían sabido esperar, y ya atacaban las mesas y las bandejas de los camareros, que iban y venían llevando bebidas. La algarabía era enorme y, conforme fue pasando el tiempo, el confusionismo aumentó.

Por ejemplo, a nadie se le ocurrió contar los camareros. Si algún avisado lo hubiera hecho, se habría dado cuenta que repentinamente habían aumentado en una unidad.

Killer había logrado salvar fácilmente el muro que rodeaba la finca. La noche anterior había realizado los estudios pertinentes, dejándolo todo listo para la escalada. Luego, sólo había tenido que cambiar de indumentaria: pajarita por corbata, chaqueta y pantalones apropiados, según se había informado veinticuatro horas antes. Con paso tranquilo, sereno, se presentó en la fiesta, uniéndose al ir y venir de sus «compañeros».

Procuró que éstos no pudieran observarle con detalle, y se dedicó a meditar rápidamente sus próximos y decisivos movimientos.

En aquellos momentos, precisamente, David y Wanda cogían entre los dos un cuchillo y se disponían a cortar la tarta nupcial, entre la expectación reinante, aunque hubo mucha gente que ni se enteró. Un fotógrafo contratado tiró varias placas.

Realizado ya el corte de honor, un camarero se encargó de ir dividiendo la tarta, mientras que sus compañeros comenzaban el reparto entre los invitados. Unos pocos, entre los que se hallaba Killer, permanecieron sirviendo las bebidas.

La gente, poco a poco, fue perdiendo el interés por los novios, quienes, al final, se quedaron prácticamente solos en la mesa.

—Estoy deseando que todo esto termine —comentó David Chandler—. ¿Y tú, querida?

—También.

—Pasaremos la noche aquí, nuestra noche de bodas, y mañana... ¡Europa!

—Nunca he estado en Europa.

—Por eso vamos allí, muñeca. Londres, París. Madrid, Roma, Viena, Munich...

¡Conocerás todas esas ciudades!

—Oh, David, eres, muy bueno conmigo.

—Seremos felices, ya verás.

Unieron sus labios, sin darse cuenta que tenían al lado un camarero de cabellos rubios, revueltos, gafitas de intelectual, perilla...

—¡Wanda! —llamó, de pronto, Lucius Chandler desde tres metros más atrás—. ¡Ven aquí, quiero presentarte a una buena amiga!

Los recién casados se separaron. David Chandler miró hacia donde se encontraba su hermano.

—Ve —dijo—. Conocerás a una prostituta de lujo.

—Oh.

—Así son las amigas de mi querido hermano. Esa es la más cara y solicitada de Dallas.

—Pero ¿qué hace en una fiesta como ésta?

—Ya te he dicho: es amiga de mi hermano.

—Una mujer así, aquí...

—No te asombres, Wanda. Ella conoce a la mayoría de los aquí invitados. Y ellos la conocen a ella. Si se tratara de una buscona o esquinera cualquiera, sería echada de lado, incluso expulsada o apedreada...

—Me sorprende lo que dices.

—Es sólo reconocer cómo son las cosas. Las clases existen también entre las prostitutas.

—Pero, ¿vienes o qué? —gritó Lucius, impaciente.

—Anda, ve —la animó su esposo.

Wanda Blake echó a andar, reflexionando sobre lo que acababa de escuchar.

Fue entonces cuando el camarero de cabellos rubios se aproximó a David Chandler.

—Permítame, señor —dijo con una inofensiva sonrisa dibujada en los labios, y alargando su mano derecha con la servilleta—. Tiene una pequeña mancha en el chaqué...

—Gracias. —Ni siquiera se miró David Chandler.

—Yo se la limpio.

Los ojos del camarero rubio miraron, en breves décimas de segundo, a todos lados.

Nadie había cerca. Nadie los observaba. Servilleta y diestra llegaron a la altura de la supuesta manchita, justo donde se encontraba el corazón.

La escena no duró ni quince segundos. Los rostros de ambos hombres se crisparon, el del camarero por la fuerza del acto (era un golpe seco y duro, que destrozaba instantáneamente el corazón de la víctima) y el del tejano por el dolor de la sorprendente punzada que le provocó una inconsciencia total y súbita, de la que ya nunca saldría, sin apenas haber podido lanzar un gemido.

—Eso es, perfecto —murmuró el camarero de los cabellos rubios, apartando la servilleta.

David Chandler permaneció sentado en la cómoda silla, desde la que presidía toda la fiesta. Sólo su cabeza se movió, y fue para caer hacia adelante, hundiendo la barbilla en el pecho.

El camarero de cabellos rubios se guardó en un bolsillo de la chaqueta la servilleta en la que llevaba envuelto el estilete que acababa de utilizar. Tomó entonces la bandeja con múltiples copas que había dejado anteriormente sobre la mesa, y se alejó de allí con paso tranquilo, sonriéndole a la gente que le detenía para coger una copa, como si no hubiera sucedido nada.

Instantes más tarde, abandonaba disimuladamente los jardines, camino del lugar donde había dejado sus pertenencias, al lado del muro. Nuevamente cambió de ropas, y ahora se desposeyó de las gafitas y de la perilla. No tuvo ningún tropiezo al salir al exterior.

En la mesa presidencial sólo quedó David Chandler, en una postura que pronto llamó la atención de algunos invitados que pasaban por allí.

Aunque cada uno iba a lo suyo, y la bebida ya había comenzado a hacer sus efectos,

hubo un grupito que se detuvo delante del novio.

—¡Eh, David! —le gritó uno—. ¿Qué te pasa?

—¡Se ha dormido! —exclamó otro.

—¡Pues si ya está así, qué va a ser esta noche! —se hizo el gracioso un tercero.

—¡Dormirse en su propia boda! —bufó un cuarto—. ¡Qué bárbaro!

Wanda ya se acercaba, acompañada de Lucius y una elegante mujer de cabellos trigueños, ojos color aguamarina y un tipo verdaderamente escultural. Era alta, andaba de una forma majestuosa y expelía sensualidad por todos los poros de su cuerpo.

Por detrás de ellos aparecieron las dos secretarias, cuchicheando entre ellas.

—¿Qué te decía yo? —hablaba Joan Conroy—. ¡Ahí la tienes! ¡Ha

tenido la desfachatez de invitarla a la boda!

—¡Condenada puta! —barbotó Betty Drake, con los ojos despidiéndole chispas de odio.

—¡David! —le palmeaba cariñosamente su mujer, en aquellos momentos—. ¡Que esto no está bien, hombre!

La inmensa mole del tejano se venció hacia un lado, entre el estupor de los presentes.

Su cuerpo se desmadejó sobre el suelo, donde quedó completamente inerte. Todos pudieron contemplar ahora sus espantados ojos abiertos y, al habérsele abierto más el chaqué, el rojo circulito que adornaba su inmaculada camisa, a la altura del corazón.

Wanda gritó como una loca, llevándose las manos al rostro, para luego caer desmayada en los brazos de su cuñado.

CAPITULO VI

—Señora...

—¿Sí, Peter?

—tiene visita.

—¿Quién?

—Un tal James Kane.

Wanda Chandler vestía un ligero luto que la sentaba a las mil maravillas. Se encontraba en una confortable butaca, reflexionando sobre los últimos sucesos acaecidos. A pesar de haber transcurrido un par de días, no acababa de creérselo todavía. Para Wanda era como si David continuara aún alejado de ella, como cuando uno se hallaba en Dallas y el otro en Los Angeles, y no muerto y enterrado, como así era, en la realidad.

Todos sus pensamientos se vieron cortados súbitamente por el nombre del visitante.

James Kane... No, no lo había olvidado, como tampoco a Ned Fuller. Dos hombres jóvenes, interesantes, que le habían provocado ese característico nerviosismo que siempre le producía encontrarse con un hombre que le causaba atracción.

James Kane... ¿Por qué habría venido?

—Está bien, Peter —exclamó finalmente—. Dígale que entre.

El mayordomo se retiró silenciosamente. Wanda se puso en pie y se alisó el vestido.

Incluso llegó a retocarse el peinado con una mano.

La puerta del salón volvió a abrirse, dando paso a la arrogante figura de James Kane.

Vestía un bien cortado traje de chaqueta gris y mostraba un rostro serio, grave. Se acercó a la mujer, alargando su diestra.

—Lamento profundamente lo ocurrido, señora Chandler —dijo.

—Gracias. Siéntese, por favor.

Lo hizo, no sin antes esperar a que ella tomara asiento. Sacó su habitual cajetilla de cigarrillos.

—¿Quiere?

—Sí; gracias.

Fumaron.

—En cuanto me enteré de la noticia por la Prensa, quedé consternado —comentó él, después de lanzar la primera Bocanada de humo.

—Ha sido horrible —asintió ella.

—Lo imagino. El día de la boda...

—Muchas veces creo que ha sido un sueño. No entiendo por qué ha debido suceder una cosa así. No entiendo por qué matar a un hombre como David.

—Supongo que la policía ya se habrá hecho cargo del asunto...

—En efecto.

—¿Y han llegado a alguna conclusión?

—Un camarero.

—¿Cómo? No la comprendo.

—Fue un camarero, señor Kane. O, mejor dicho, el asesino se disfrazó de camarero. Por los interrogatorios que se realizaron el mismo día del crimen, se llegó a la conclusión de que faltaba un camarero, aunque estaban todos los contratados.

Ella se había levantado para acercarle un cenicero, en el que previamente había sacudido la ceniza. Se lo dejó sobre un brazo de la butaca, al alcance, de los dos.

—Ah, ya comprendo. Un buen truco para llegar hasta su esposo, y matarle sin que lo sospechara nadie.

—Así es. Muchos de los invitados hablaron de un camarero rubio, con gafitas y perilla.

No se le encontró por ningún lado.

—Bueno, ya es algo.

—No es nada.

—¿Por qué dice eso?

Ella alargó el brazo para sacudir nuevamente la ceniza de su pitillo.

—La policía piensa que, aunque tiene ya el retrato robot del asesino, de poco le servirá.

—¿Por qué?

—Con toda seguridad, el asesino no será así en la realidad,

—Ajá.

—El teniente de la Brigada de Homicidios que lleva este caso, cree que esto ha sido obra de un profesional del crimen. Un acto ejecutado con mucha serenidad, fríamente, sin alboroto de ninguna... clase

—Es posible, sí.

—Desde luego, no es la obra de un asesino vulgar. Tampoco de una persona particular,

¿entiende?

—¿Adónde quiere ir a parar?

—El teniente Fulham piensa que alguien contrató a ese hombre para matar a mi esposo.

Transcurrieron unos segundos de pausa, de silencio. Los dos se observaron con la mirada, entre el humo del tabaco. Ella descruzó y cruzó las piernas un par de veces, demostrando cierta incomodidad o nerviosismo interior. El terminó estrujando el cigarrillo en el cenicero.

Wanda había apurado al máximo su cigarrillo, hasta quemar el filtro. Lo apagó en el cenicero, comentando:

—Realmente me ha sorprendido su visita, señor Kane.

—Claro... La verdad es que...

—¿Qué?

—Bueno, no creo que sea muy apropiado decirlo en estos momentos, pero...

—Pero ¿qué?

—Tenía ganas de volver a verla.

—Oh.

—Ya le dije que podría disponer de bastante tiempo libre. Mi trabajo se limita a una reunión diaria de apenas dos horas. Todo el resto del día es para mí. Y, en fin, estaba con el gusanillo de verla de nuevo. Por otro lado, sabiendo que usted se casaba y se iría de luna de miel y todo eso, era de todo punto incongruente aparecer... Pero con lo que ha sucedido, este vil asesinato... Bueno, decidí que era bastante consecuente venir por aquí, darle mi más sentido pésame y ofrecerle mi ayuda para lo que estime necesario...

—Muchas gracias, señor Kane.

—Y de verdad que siento que hayamos tenido que volvernos a ver en estas circunstancias...

—Sí...

Ella se puso en pie.

—¿No querría tomar algo?

—Bueno.

—Diga lo que quiera. Hay de todo en el bar.

—Un whisky con soda, simplemente.

James Kane la siguió con la mirada, admirando el balanceo de sus caderas. La vio y la escuchó manipular con las botellas y los vasos.

—¿Su marido tenía enemigos? —preguntó él, de repente.

—¿Cómo dice? —se giró ella, llevando ya en cada mano un vaso cilíndrico, mediado de líquido.

—Estaba pensando en sus anteriores palabras.

—¿Cuáles?

—Si alguien pagó por matar a su esposo, alguien debía odiarlo, o algo por el estilo, ¿no le parece?

—Es cierto —asintió ella, ya junto a él—. Tome —le ofreció el vaso.

—¿La policía no le ha preguntado por ello?

—Sí.

—¿Y?

—No he podido responder. La verdad es que conocía muy poco de mi marido —se dejó caer de nuevo en la butaca, cruzando las piernas como sólo ella sabía hacerlo—. Es penoso reconocerlo, pero así es. Nunca, antes, había estado en Dallas, siempre nos vimos en Los Angeles. Nos divertíamos, lo pasábamos muy bien. Ahora que lo pienso detenidamente, creo que sólo hacíamos eso: pasarlo lo mejor posible, éramos como dos chiquillos a los que dan unas horas libres. Ni el uno ni el otro habló nunca demasiado de sí mismo. Por otro lado, las cosas de David siempre me resultaron lejanas, tan lejanas como la misma Dallas. No hacía mucho caso. No conocía a la mayoría de las personas que me nombraba, no entendía la mayor parte de sus asuntos... ¿Va entendiendo, señor Kane?

—Sí.

—Por lo tanto, poco he podido aportar. Para mí, David era un hombre sano, rudo, con el que iba a muchos sitios, y conocía gentes y cosas que nunca antes había visto.

Habíamos llegado a tener relaciones íntimas, también, pero en el fondo éramos dos desconocidos. Sí, dos desconocidos —remachó con profunda tristeza, llevándose el borde del vaso a los labios, y bebiendo un largo trago.

James Kane respetó el silencio de la mujer. La puerta del salón se abrió en esos instantes, dando paso al hermano del asesinado.

—¡Hola, Wanda! —saludó, jovial. Entonces se percató de la presencia de James Kane—.

Oh, perdón, no sabía que tenías visita.

—Pasa, Lucius, pasa. Se trata de un compañero de viaje. Le conocí durante el vuelo en avión. El señor James Kane, agente artístico, si no recuerdo mal, ¿no?

—En efecto —asintió él, poniéndose en pie y saludando al recién llegado.

—Lucius Chandler, mi cuñado —agregó ella.

—Encantado —dijo. Para añadir después—: Voy a servirme yo también una copa.

James Kane retornó a su asiento. Lucius permaneció de pie, el vaso ya en la mano.

—Vengo del Pólice Department —dijo.

—¿Y qué? —preguntó ella.

—Sin novedad. El teniente Fulham quería volver a charlar conmigo. Saber detalles acerca de la vida y milagros de mi hermano. Yo le pregunté por sus pesquisas, aunque por su cara ya me di cuenta de cuál iba a ser la respuesta. Nada de nada.

—¿Qué te preguntaron?

—Son muy pesimistas respecto a la caza del asesino, sobre todo si se trata de un verdadero profesional. Por tanto, creen más factible descubrir la razón por la que murió David, y así dar con la persona que pagó al criminal, o sea, el instigador, el otro asesino. Es por ello que me interrogaron acerca de los negocios, cómo nos iban, si teníamos enemigos, alguien que se la hubiera jurado a David, líos de faldas, todo eso, ya te lo puedes imaginar.

—Algo por el estilo, estábamos comentando el señor Kane y yo.

—¿Sí?

—Desde luego, alguna razón debe haber habido para la muerte de su hermano, señor Chandler —terció James Kane—. Esto no parece la obra de un loco, y, por otro lado, nadie contrata a un ejecutor por gusto. La razón del crimen puede ser la clave para resolver el asunto.

—Dijo que era agente artístico, ¿no?

—Sí.

—Ah. Por un momento, me pareció usted un policía. Me recordó al teniente Fulham.

James Kane sonrió.

—Me encantan las novelas policíacas. Sobre todo, las de intriga. ¿A usted no?

—A mí también. No hay nada como una novela de los Mac Donald o de Hadley Chase.

Sobre todo, en comparación con tanto bodrio estúpido como dan por la televisión.

—Pero ¿no sacaron nada en claro?

—¿Cómo?

—Quiero decir si, con su ayuda, no encontraron alguna pista.

—En absoluto. Las cosas que puedo contar de mi hermano son todas puras e inocentes. David era un gran tipo —bebió un largo trago—. Ahora, si hubiera sido de mí...

Yo era el golfo, ¿sabe usted? —soltó una carcajada.

—Las amiguitas que te gastas no son muy recomendables —terció de nuevo en la conversación Wanda.

—¿Te refieres a Diane Porter?

—Sí.

—Qué le voy a hacer, cuñada. Me gustan las mujeres, sobre todo si

están bien hechas.

Y Diane tiene... Bueno, ya lo dije antes: soy un golfo.

Se alejó, riendo, hacia el bar. Había terminado su ración de *bourbon* e iba a echarse más.

—Bien —exclamó James Kane, levantándose—. Creo que voy a retirarme.

Ella también se puso en pie. Se aproximó al hombre para tomar su vaso vacío.

—¿Por qué se va ya, señor Kane? —interrogó Lucius, regresando con el vaso lleno otra

vez—. ¿Tiene prisa?

—Bueno, no. Pero sólo vine para saludar a la señora y testimoniarle mi pésame.

—Y jugar a los detectives, ¿eh? —rió Lucius. Le alargó la diestra—. Que le vaya bien, amigo.

—Le acompañaré hasta *la* salida —se ofreció ella.

Wanda dejó los vasos y abrió el camino, dejando solo a Lucius en el salón.

—¿Me permitirá que vuelva a visitarla, cuando tenga un rato libre? —le preguntó James Kane, ya bajo la marquesina de entrada.

Los dos se miraron fijamente. Ella asintió con la cabeza lentamente.

—Entonces, hasta pronto —le dio la mano él.

Pensativa, Wanda le vio alejarse hacia el coche que había alquilado James Kane para moverse por la ciudad y sus alrededores.

Luego, cuando el auto desapareció de su vista, dio media vuelta y regresó al salón.

Lucius se hallaba repantigado en una butaca, bebiendo a grandes sorbos. La muerte de su hermano no parecía haberle afectado ni poco ni mucho, o tal vez la bebida fuera su manera de sobreponerse al doloroso trance. Tampoco le conocía lo suficiente.

—Vas a acabar borracho, Lucius —le advirtió, de modo maternal.

Lucius, por toda respuesta, hipó. Desde la muerte de David, entre los dos había nacido cierta confianza, posiblemente al sentirse unidos por el mismo dolor y la misma pérdida, y habían comenzado a tutearse. Pero a pesar de esto, para Wanda era otro desconocido.

Como todos los que la rodeaban en aquella casa, como las amistades de David, sus empleados, como la misma ciudad, sus comercios y sus gentes. Conforme pasaban las horas y los días, empezaba a experimentar un terrible sentimiento de soledad.

—¿Sabes, cuñadita? —habló entonces Lucius, con voz algo estropajosa —. ¿Sabes lo que se comenta por ahí, lo que dicen las malas lenguas?

—¿Qué, Lucius?

—Que tú eres la instigadora del crimen, para quedarte con la parte de David. Y que ahora me toca a mí —soltó una estruendosa carcajada—. ¿No es para mondar?

CAPITULO VII

El hombre terminó de vestirse, sin dejar de contemplar el espléndido cuerpo desnudo de Diane Porter, que yacía sobre el lecho, de una forma voluptuosa, excitante.

—Nena, me están dando ganas de...

—Olvídalo. Dentro de un cuarto de hora, viene un cliente. Tengo el tiempo justo para prepararme.

—¿Cuánto le cobras a esos imbéciles?

—Depende.

—Desde luego, vales lo que pidas —se relamió, mirándola de arriba abajo.

—Entonces, ¿por qué los llamas imbéciles?

—Porque ellos sólo saben conseguirte a golpe de talonario. Yo, en cambio...

—Eres todo un hombre, querido —ella le dirigió una mirada admirativa, desde la cama.

El río, satisfecho.

—Y ahora, vete.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Ya te llamaré.

—Está bien. Pero no te olvides.

—¿Acaso crees que puedo olvidar a un tipo como tú, cariñín?

El hombre volvió a reír. Avanzó hacia la mujer, y una de sus manos le acarició el bajo vientre.

—No me provoques, maldita sea.

—Te da gusto, ¿eh? —comentó, ufano—. No puedes vivir sin mí, ¿verdad?

—Por favor... —suplicó ella, retorciéndose.

—Apuesto a que serías capaz de pagar dinero por que yo te aplacara esas llamas del infierno que te arden ahí abajo, ¿a que sí?

Soltó una carcajada casi tan obscena como sus palabras, y luego dejó sus manejos.

—No olvides llamarme —le dijo, al tiempo que se dirigía hacia la puerta de!

dormitorio—. Ya sabes que sólo Lucius te complace como tú quieres.

Riendo, salió definitivamente del lujoso apartamento, propiedad de Diane Porter.

Bajó en ascensor, y aún reía cuando alcanzó la poco iluminada calle, en aquella noche de vientecillo fresco y luna llena.

No dio ni dos pasos por la desértica acera, cuando una sombra le salió al paso.

Respingó, sorprendido, pero en seguida se serenó, nada más reconocerla.

—¡Betty!

—Buenas noches, puerco —saludó ella, con los dientes apretados.

—Nena, ¿a qué viene esto?

—Sé de dónde vienes.

—¿Ah, sí?

—De casa de esa fulana.

—No sé de qué hablas.

—¡Cínico!

—He ido a visitar un amigo y...

—¡No me mientas! ¡He visto de qué portal salías, y sé muy bien que allí vive esa puta

de lujo!

—De acuerdo, leche —cambió el tono de su voz Lucius Chandler—. He estado con Diane Porter. Muy bien, lo reconozco. ¿Y qué?

El dio un paso al frente, pero Betty Drake no se arredró. Se mantuvo firme en su sitio, mirándole con cara de muy pocos amigos.

—¡Estoy harta de ti, de tus amiguitas y de tus embustes! ¡No lo aguanto más!

—Ya sabes cómo soy. Lo tomas o lo dejas. Pero si lo dejas...

La frase quedó en suspenso. Betty Drake entendió perfectamente su significado. Había llegado el momento de la gran prueba.

—¡Lo sé! ¡Quedo despedida!

El se encogió de hombros, displicente.

Betty Drake vaciló. De pronto, vio que todo el empuje y coraje que había reunido durante las horas anteriores para afrontar el decisivo paso ante Lucius Chandler, se le escapaba como el aire a un globo pinchado. Se encontró vacía, falta de fuerzas y, sobre todo, con un profundo temor al futuro. Su duda provocó un denso silencio entre los dos, tan largo que Lucius tomó la palabra:

—¿Qué te ocurre, encanto? ¿Ya no estás tan segura de lo que venías a

decirme?

—Yo...

—Vamos, ¿quién te conoce mejor que yo? Todo ha sido un berrinche, ¿verdad que sí?

Le pasó un brazo por los hombros. Ella, súbitamente, rompió a llorar.

—Anda, nena, ven, te llevaré a casa en coche. Lo tengo aparcado ahí enfrente.

—¡No! —se soltó ella—. ¡Déjame en paz! ¡Quiero pasear sola!

—Como gustes. Y espero .que mañana nos veamos en la oficina.

La tomó ahora por la barbilla, alzándole el rostro para que le mirara.

—¿Verdad que sí, Betty?

—¡Vete al diablo! —rugió ella, enfadada con él, consigo misma y con todo cuanto la circundaba.

—Seguro que nos veremos —sonrió Lucius, con suficiencia. Y echó a andar hacia su coche.

Ella permaneció quieta en la acera, sorbiendo sus propias lágrimas, mientras Lucius Chandler cruzaba, la calzada, abría la portezuela de su auto, subía a él, le daba el encendido y... ¡y una horrenda explosión conmovió, estremeció aquel pedazo silencioso, vacío y sombrío de calle!

Betty Drake chilló histéricamente. En una esquina cercana, un hombre moreno, con una fea cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha, sonrió la mar de satisfecho.

CAPITULO VIII

Todo fue como una horrenda pesadilla para Wanda.

La noticia de la muerte de Lucius Chandler, su cuñado, cuyos restos habían sido difíciles de encontrar, le produjo una fuerte crisis nerviosa, tal que Peter, el mayordomo, un poco asustado, llamó a un médico. Este le administró un poderoso sedante, y así pudo pasar el resto de la noche.

Al día siguiente, cuando despertó, continuó lo increíble. El teniente

Fulham de la Brigada de Homicidios se presentó en la residencia, junto con dos detectives, y todos se encerraron con ella en un salón.

Fue una especie de tortura china. Los tres policías disparaban preguntas como si fueran ametralladoras, sin darle respiro. Lo querían saber todo acerca de su vida, suponía que para luego comprobarlo con la policía de Los Angeles. Luego siguieron con preguntas más íntimas, acerca de sus relaciones con David, y también con Lucius. Conforme pasaban los minutos, su tensión aumentaba porque se daba perfecta cuenta de que sospechaban de ella. ¡De ella!

—¿Por qué? —estalló, de pronto, poniéndose en pie y mirando a los policías con ojos muy abiertos, en los que claramente se podía leer la incomprensión, la rabia y el temor, una rara mescolanza que podía producir efectos insospechados.

Ni Fulham ni sus hombres contestaron. Ello le hizo insistir a Wanda:

—¿Por qué se ensañan conmigo? ¿Qué se han creído?

El teniente pareció pensárselo mejor. Se humedeció los labios con la punta de la lengua, y decidió darle una explicación.

—Mire, señora Chandler. Ya sabemos que usted no cometió los crímenes. Tiene unas perfectas coartadas. Cuando murió su esposo, usted estaba junto a su cuñado y una amiga de éste. Luego, cuando murió su cuñado, usted se encontraba aquí, en casa, viendo la televisión; el mayordomo así lo ha atestiguado, entró un par de veces en el salón para ver si usted quería algo. Por otro lado, no la considero a usted capaz de clavar un estilete en el corazón, a sangre fría, ni tampoco de colocar una potente carga explosiva conectada al contacto de un coche. Pero...

—Pero ¿qué? —dio dos pasos hacia adelante, casi comiéndose con la mirada al teniente.

Fulham era un hombre de estatura mediana, con algunos kilogramos de más. Contaría unos cuarenta años de edad, y no se podía decir que fuera un tipazo. Instintivamente, retrocedió.

—Estos crímenes los ha cometido un asesino profesional, el cual actúa simplemente porque le pagan, y muy bien, supongo. En cambio, el que le paga, sí ha de tener un motivo, una razón, para querer la eliminación del censo de los vivos de los Chandler.

¿Cuál? Le hemos dado muchas vueltas al asunto, y no se nos ocurre

ninguna..., a excepción de...

Nuevamente se detuvo. Realmente, no era un hombre muy lanzado, aquel policía. O no estaba muy seguro de lo que hacía y decía.

—¿De qué? —tronó Wanda. El *stress* que sufría le había producido una especie de envalentonamiento, que no sería de extrañar que terminara finalmente con un estado

depresivo—. ¿De qué, teniente Fulham?

—De lo que se dice por ahí...

—¿Qué se dice?

Era evidente, Fulham se encontraba violento. Su nueva pausa así lo confirmó.

—Pues eso... Que todo., que todo puede ser obra suya —se decidió, ai fin.

—¿Cómo se atreven a...?

—Yo no lo he dicho —la interrumpió—. Sólo me limito a preguntar, a investigar. Desde luego, usted es la única que tiene un motivo claro. Ahora es la dueña de todos los pozos de petróleo.

Wanda esperaba una cosa así, pero, a pesar de ello, se quedó paralizada. Eso era lo que todos pensaban, lo que bullía en las mentes de los que la rodeaban. El servicio de la casa, las amistades de los Chandler, la policía, la gente de la calle.

—Creo que será mejor que lo dejemos estar por hoy —añadió el teniente, haciéndole una seña a los dos detectives para que le siguieran.

La mujer permaneció sin decir nada, su cerebro convertido en un caos. Ya desde la puerta, el teniente Fulham aún volvió a hablar:

—Le aconsejo que se tranquilice, señora Chandler, y no tenga muy en cuenta todo eso.

Yo, particularmente, tengo mis dudas. Ha sido todo demasiado rápido y también parece demasiado claro.

Luego, cerró de un portazo. En el fondo, no era un mal policía.

El hombre apuró el contenido del vaso. Después chasqueó la lengua, en un gesto de satisfacción. Estaba realmente contento, feliz. El trabajo había salido a la perfección, sin ningún fallo. La muerte de Lucius Chandler venía en la primera página del *Dallas Morning News*, y también en la del *Dallas Times Herald*.

Escanció nuevamente en el vaso, y bebió con parsimonia. Pensó que había llegado la hora de telefonar a Jennifer. Ya había tenido tiempo, la mujer, de enterarse de lo bien que habían ido las cosas. Estaría satisfecha con su trabajo. Quedarían para el cobro del resto y luego...

Finalmente, descolgó el auricular y marcó el número que ya se sabía de memoria.

—¿Jennifer? —preguntó, cuando descolgaron al otro lado del hilo telefónico.

—¿Killer?

—El mismo.

—Le... le felicito.

—Gracias.

—Ha sido un trabajo excelente.

—Bien. Creo que ya podemos quedar para nuestra última entrevista.

—Sí.

—Recuerde que me debe diez mil y los gastos.

—¿A cuánto ascienden estos últimos?

—Dos mil.

—¿Tanto?

—He tenido que utilizar mucho el avión. Y además, me gustan los buenos hoteles, la

buena mesa, los buenos licores; vida sólo hay una y hay que saber aprovecharla.

—Está bien. Doce mil, en total.

—Eso es. ¿Cómo quedamos?

—Nos veremos esta noche. ¿Le parece bien?

—Sí. ¿Dónde?

—Tome la carretera de Garland, una pequeña localidad a las afueras de Dallas, hacia el nordeste.

—Conozco el sitio.

—Bien. Pues pasando el White Rock Lake, verá una desviación hacia la derecha. Hay una placa que indica se trata de un camino muerto. Usted no haga caso, y métase por él.

Le esperaré al final.

—Todo esto me parece muy misterioso.

—Soy una persona conocida en la ciudad. No quiero correr ningún riesgo. Ha de ser así.

—De acuerdo. Pero no se le ocurra engañarme.

—Podría intentarlo, pero no quiero correr riesgos.

—Por si acaso, le voy a decir algo importante: yo sé quién es usted.

—¿Cómo? —la voz de la mujer se quebró.

—Lou me lo dijo.

—Lou está muerto.

—Lou me lo dijo cuando me habló del contrato. Siempre me gusta saber quién es el cliente. Por si las moscas...

—Pero Lou no me contó quién es usted.

—Lou me apreciaba más a mí. Además, tenga en cuenta que yo soy un empleado del Sindicato. Mi nombre es *top secret*. Les conviene que sea así.

—Está bien. No importa. No pensaba engañarle.

—Yo le he avisado, por si le danzaba alguna mala idea por la cabeza.

—Nos veremos allí, a las diez de la noche. Sea puntual.

Y acto seguido, colgó. Indudablemente, había perdido el control.. Estaba nerviosa y enfadada.

* * *

El entierro de Lucius Chandler fue todo un acontecimiento, al igual que lo había sido, unos días antes, el de su hermano David.

Wanda, enlutada y llorosa, ofrecía una imagen patética, pero a pesar de esto, en torno a ella hubo un casi descarado vacío. Presidía el duelo, sola, sin una mano amiga en la que apoyarse, teniendo a su alrededor rostros agrios, que la miraban con más odio que pena.

El sepelio se le hizo interminable y, cuando ya creía que iba a desfallecer, alguien se acercó a ella, amigablemente.

—Señor Kane... —murmuró al reconocerle, el rostro pálido, los labios exangües, los ojos sin ningún brillo. Parecía haber envejecido algunos años.

—Hola, señora Chandler —le sonrió él, colocándose a su lado.

En aquellos momentos, la gente comenzó a desfilar para darle el pésame al único

familiar existente de la familia Chandler: ella. Multitud de rostros pasaron ante Wanda, y numerosas manos tuvo que estrechar. Ni en los rostros leyó afecto hacia ella, ni en las manos encontró calor y apoyo por el doloroso trance que atravesaba. Fue un desfile de cumplido, una representación más, de todos aquellos hombres y mujeres importantes de la vida social de Dallas.

—¿Me permite que la acompañe hasta casa, señora Chandler?

—Sí; gracias.

Wanda se dirigió a Peter, el mayordomo, quien había hecho las veces de chófer, y le dijo que fuera delante. Finalmente subió al auto de Kane.

Al poco de recorrido, el hombre la oyó sollozar. Sacó el coche de la carretera y lo detuvo.

—Señora Chandler...

Ella no le hizo caso; con un pañuelito seguía enjugándose las lágrimas. James Kane alargó su diestra, alzando el rostro de la mujer. Wanda desvió la mirada hacia los árboles cercanos, a su derecha.

—Señora Chandler...

—Sigamos a casa, por favor —rogó, sin querer que viera sus ojos llorosos.

—Me entristece mucho verla así; usted, una mujer tan hermosa...

—¿No comprende lo que sucede? ¿No se ha dado cuenta, allí, en el cementerio?

—¿El qué?

—Todos sospechan de mí.

—¿Cómo... cómo es posible?

—Crean que los he matado para quedarme con todo. Yo soy la heredera. Los Chandler no tenían más familiares.

—Eso es monstruoso.

—Pues eso piensan.

—Pueden haber otros motivos.

—¿Cuáles?

—No sé. Yo no conocía a los Chandler. Usted intimó más con ellos. ¿No se le ocurre nada?

—No.

—¿Y a la policía?

—Tampoco. Están a cero.

—¿Ellos, también...?

—Sí, ellos también andan tras de mí. Yo soy la sospechosa número uno.

—Míreme, Wanda.

Ella se estremeció al oírse llamar por su nombre. Giró la cabeza

lentamente, hasta que sus ojos, húmedos por el llanto, se encontraron con los del hombre. Había sinceridad en la mirada de él.

—Yo no la creo una criminal, Wanda. No creo que su ambición llegara hasta el punto de ordenar segar dos vidas humanas.

—Gra... gracias, señor Kane —balbuceó, emocionada.

—James —corrigió él.

—Gracias, James.

—Así está mejor. Y ahora, por favor, sonría. Sonría un poquitín siquiera.

—No... no puedo.

—Inténtelo, se lo ruego.

Ella realizó el esfuerzo, y se vio compensada por el gesto de radiante satisfacción compuesto por él.

—¡Estupendo! —exclamó James Kane, palmeándola cariñosamente en una mejilla.

Por un momento, Wanda se sintió dichosa, feliz. Luego, el recuerdo de lo que había sucedido y de lo que podría seguir sucediendo, la sumió en la hosquedad, pero entonces James Kane ya conducía nuevamente hacia la residencia de los Chandler, y apenas se dio cuenta de este cambio.

Cuando llegaron ante la magnífica casa, el hombre le propuso:

—¿Quiere que le haga compañía un rato? No soy un gran conversador, pero intentaré que no piense demasiado en...

—No —le cortó ella—. Prefiero estar sola.

—Está bien.

—Le agradezco muy sinceramente el tiempo que me ha dedicado.

—No ha sido nada. Me encuentro la mar de bien a su lado Wanda.

—¿Cómo van sus contratos?

—Todo terminado. Ya hemos llegado a un acuerdo, y los he firmado.

—Entonces, ¿se marchará?

—Por ahora, no tengo intención de hacerlo. No hay prisa.

—¿Es... por mí?

—Sí, ¿para qué negarlo? Las cosas que ocurren a su alrededor son muy extrañas. Y me preocupan. Me gustaría ayudarla, serle útil, de verdad. No vería únicamente cuando sucede una desgracia.

—Entiendo.

—¿Le parece bien que mañana vayamos a almorzar juntos?

—Bueno...

—Vendré a recogerla a las doce.

—Estaré lista —abrió la portezuela—. Gracias por todo, James —dijo después, bajando ya del coche.

—Hasta mañana, Wanda.

La mujer subió los tres peldaños, con paso cansado. En la puerta le esperaba Peter, el mayordomo, quien había acudido al oír el motor del coche.

—Señora, tiene visita —le anunció—. Lo he pasado a la biblioteca. Es un hombre.

La forma en que lo dijo no le gustó a Wanda, pero se calló. No hizo ninguna pregunta sobre la personalidad del visitante. Siguió camino hacia la biblioteca, sin esperar al mayordomo.

Cuando entró en la pieza, y vio quién era el hombre que la esperaba, se llevó una gran sorpresa.

—¡Ned! —exclamó, y el color volvió a su rostro y la luz a sus ojos.

CAPITULO IX

Sí, allí estaba él. Alto, rubio, simpático, sonriente. Avanzó hacia ella, y la tomó entre sus fuertes brazos. Le estampó un apasionado beso en los labios, sin ninguna clase de remilgos.

—¡Wanda, nena! —exclamó, tomándola de los hombros ahora, y separándola un poco de sí—. ¡Qué cambiada estás! ¡Me ha sido difícil

reconocerle! ¡Con este vestido negro, con esa cara...!

—¡Oh, Ned! —se abrazó a él, como si fuera el único hombre vivo en la Tierra.

Luego, cuando se calmaron y dejaron a un lado los gestos efusivos, provocados por el reencuentro, Ned explicó por qué había venido a Dallas.

—Me enteré de la muerte de tu esposo por el *Los Angeles Times*. Era una noticia escueta, sin ningún alarde tipográfico, pero a mí me dio un vuelco el corazón. En seguida decidí venir acá. Terminé rápidamente el trabajo que estaba realizando, y cancelé mis siguientes proyectos. Tomé un avión, y aquí estoy.

—¿Te has enterado también de...?

—¿De lo de tu cuñado? Sí, me lo ha contado el mayordomo. No parece que te estime demasiado, según pude apreciar por sus palabras.

—Todo el mundo me mira y me trata como si fuera una asesina.

—¿Por qué?

—Green que yo... que yo he ordenado matarlos.

—¿A los Chandler?

—Sí.

—¡Estarán locos!

—Dicen que tengo un buen motivo: quedarme con todo el emporio petrolero.

—Mi pobre Wanda...

Ned Fuller volvió a abrazarla. Ahora la besó cariñosamente en el cuello, en la barbilla, en los labios...

—Si te hubieras quedado en Los Angeles, conmigo —musitó—. Sabes que yo te amo.

—Ned, Ned...

El frenesí la fue envolviendo, y al final terminó correspondiendo a aquellas caricias. Por un momento, a su mente vino el recuerdo de

James Kane, pero en seguida lo desechó. Era un buen tipo, le gustaba..., pero con Ned Fuller tenía mayor confianza, había habido una completa unión, y, verdaderamente, se sentía feliz a su lado, entre sus brazos, recibiendo sus besos...

Más tarde, cuando se separaron, ella dijo:

—Es cierto, Ned; no debí haber aceptado a David. Pero yo estaba cegada por una serie de ideas. David me ofrecía la seguridad con la que tantas veces había soñado. Cuando tú apareciste, se tambaleó mi amor por David, y ésta fue una prueba de que verdaderamente no estaba loca por él, pero no hice caso del corazón, sino del cerebro.

Por eso no quise que intimáramos más; al final hubiera acabado rechazando a David. Fue una equivocación, sí, pero ya no tiene remedio.

—Aún hay remedio.

—¿Cómo?

—Tú estás libre.

—¡Ned!

—Bueno, ya sé que es muy pronto para hablar de eso, y más, dados los momentos angustiosos que vives. Perdóname, Wanda.

—A veces, pienso que todo lo que me sucede es un castigo de Dios.

—No digas bobadas.

—Oh, sí. Yo me dejo llevar por la ambición, por lo que David Chandler significaba. Bien, ahora no sólo tengo la pequeña parte que quería, lo tengo todo. ¡Todo! ¿Y sabes cuál es el precio?

Dejó la pregunta en el aire, y rompió a llorar.

—Wanda, nenita...

—Amame, Ned, áname —murmuró, entre sollozos—. Hazme olvidar cuanto me rodea.

—Si aparee...

—No aparecerá nadie.

Wanda se equivocó. Justo en ese momento, alguien llamó a la puerta.

Se separaron con brusquedad, temerosos de ser descubiertos.

Pero nadie entró.

—Señora... —escucharon la voz del mayordomo.

—Adelante, Peter —invitó ella.

La puerta se abrió, dando paso a la figura alta y delgada del mayordomo.

—Señora, acaban de llegar las señoritas Drake y Conroy, así como los señores Barton y Carson.

—¿Y... y qué desean?

—Parece ser que hablar con usted.

—Ya. Hágales pasar.

—¿Aquí? —miró a Ned Fuller.

—Sí, aquí.

—Como usted ordene.

Hizo una breve reverencia, y se retiró. Ned Fuller aprovechó para preguntar:

—¿Quiénes son?

—Ahora te los presentaré.

Lo hizo, en efecto. Los cuatro recién llegados observaron a Ned Fuller con detenimiento, y también con cierto recelo.

—Bien. ¿Qué desean? —preguntó Wanda.

—Hemos pensado que debíamos visitarla para ponernos a sus órdenes —tomó la palabra el abogado Carson—. Usted es ahora nuestro jefe. Por mi parte, puede pasarse, cuando quiera, por mi despacho para resolver todo el papeleo pertinente.

—Pero yo... yo no entiendo nada... No estoy familiarizada con estos asuntos...

—Lo imaginábamos —comentó Betty Drake, mirándola con evidente odio.

Ciertamente, las dos secretarias de los Chandler eran quienes peor la miraban.

—Lo suyo es otra cosa —agregó Joan Conroy, con malicia.

—Si usted me da permiso para llevar la parte técnica... —solicitó Lewis Barton, interviniendo oportunamente.

—Por supuesto. Confío en ustedes. Saben lo que hay que hacer. Yo... yo tendré que ponerme al día, ahora, cuando pase todo este jaleo. Ojalá se resuelvan pronto estos abominables crímenes. ¿No quieren tomar algo?

Joan y Betty dijeron que no, que tenían prisa y que se largaban, si no tenía nada más importante que decirles. Dirigieron una mirada cargada de intención a Wanda y Ned, y abandonaron la biblioteca.

El abogado y el ingeniero jefe se aproximaron a Ned Fuller mientras Wanda preparaba las copas.

—¿Es usted tejano? —le preguntó Carson; una forma como otra cualquiera de iniciar una conversación.

—No. De California.

—Ya me lo parecía —sonrió—. Yo también soy californiano, ¿sabe?

—Vaya.

—De Frisco.

—Pues sí que ha venido a parar lejos.

—Siempre he sido una especie de abogado ambulante. He ejercido en muchas ciudades. San Francisco, Los Angeles, Reno, Las Vegas, Phoenix... y desde hace cinco años, estoy aquí, en Dallas. Dijo la señora Chandler que era usted decorador, ¿no?

—En efecto. Y me gusta ir de un lado a otro, como usted. Yo recorro la Costa del Pacífico. Tal vez cuando me canse, venga para acá.

—Hará bien. Texas es una tierra hermosa, ¿verdad que sí, Barton?

—¿Qué voy a decir, Carson? ¡Ya sabe que yo soy tejano! ¡Texas es la

mejor tierra del mundo!

Los tres rieron. Wanda se acercó con las copas, que transportaba en una bandeja. Cada uno tomó una, y ella dejó la bandeja sobre la mesa ratona cercana.

—Siempre he vivido aquí —agregó el ingeniero jefe, tras el primer trago— y nadie me moverá. No sabría vivir en otro sitio.

—¿Está usted casado? —preguntó Wanda, uniéndose a la conversación.

—No. Soy soltero. Hasta ahora, no he encontrado mi media naranja adecuada.

—¿Y usted, Carson?

—Soy viudo.

—¿También vive solo?

—Desgraciadamente, sí. El único hijo que tenía, murió hace poco. Un accidente de automóvil...

—Lo siento.

—Pero dejemos a un lado las cosas tristes —propuso Lewis Barton.

—Pobre Bob —murmuró, apesadumbrado, el abogado.

—¿Qué le pasó? —preguntó, interesado, Ned.

—Fue a una fiesta. Parece ser que bebió demasiado.

Y al regreso, se estrelló con el coche. Tenía veinticuatro años.

—Oh, vamos ya, Carson. Olvide de una vez eso, y no se torture más. ¡Ande, beba!

—Sí, sí.

Lo hizo.

—Parece usted muy alegre, señor Barton —comentó Ned Fuller.

El ingeniero jefe sonrió.

—Hace tiempo que dejé de tomarme en serio la vida, amigo. Han

muerto los hermanos Chandler, ¿qué quiere que haga? —miró a la mujer—: Perdone, señora Chandler, pero así es como veo las cosas.

Ella asintió.

Lewis Barton apuró la copa. Le dio una palmada en la espalda al abogado, diciendo:

—Creo que ya hemos repostado para iniciar el camino de casa.

Dejaron las copas sobre la bandeja. Wanda les acompañó hasta la puerta:

—Dentro de un par de días, iré por su despacho, señor Carson —dijo, como despedida.

—La esperaré.

—Y confío en usted, señor Barton, para llevar todos los asuntos.

—Puede dormir tranquila, por ese lado.

La puntualización no le hizo mucha gracia a la mujer, pero se abstuvo de hacer comentario alguno, no fuera a meter la pata. Podía y no podía haber habido doble intención. Era mejor dejarlo correr.

Cerró la puerta, y se encaró a Ned Fuller, quien bebía silenciosamente.

—¿Qué te han parecido? —preguntó, sin moverse de la puerta.

—Gente —se encogió de hombros él.

—No creo que pueda aguantar mucho rodeada de todas estas personas. No sé qué voy a hacer.

—Precisamente, he venido para ayudarte en todo lo que tú me necesites y en todo lo que yo pueda. Bueno, y si he de ser sincero, también porque ya no hay el obstáculo de hace unos días. Te parecerá cruel decirlo, pero es la verdad, y no voy a ser tan hipócrita como para negarla.

—Entiendo, Ned.

A continuación sonó el chasquido de la llave, al ser echada.

—Ned...

—¿Sí, Wanda?

—¿Quieres hacerme el amor?

* * *

El ruido del teléfono vino a romper el idílico momento que vivían.

Wanda gateó por la alfombra, seguida de Ned, que la colmaba de toda clase de caricias. Descolgó el auricular, quedando tumbada boca arriba. El pesado cuerpo del hombre cayó sobre ella, cuando pronunciaba:

—¿Sí?

—¿La señora Wanda Chandler? —era una voz femenina, un poco extraña.

—Al aparato. ¿Quién es?

—Mi nombre no importa, señora Chandler. Lo que importa es lo que voy a proponerle.

—No le entiendo.

—Lo comprenderá en seguida. Se trata de los asesinatos de su esposo y de su cuñado.

De repente, al escuchar aquello, perdió todo interés por lo que hacía Ned sobre su

cuerpo.

—¿Qué quiere? —barbotó.

—Hacer un negocio con usted.

—¿Cuál?

—Yo tengo la información acerca del asesino.

—¡Vaya a la policía!

—¡No sea idiota! ¡Me interesa el dinero! ¿Es que aún no lo ha entendido? Yo sé que usted está en un serio aprieto. La gente sospecha de usted, como instigadora. Yo puedo ofrecerle las pruebas que la harán quedar como inocente.

—¿Cuál... cuál es el precio?

—Cinco mil dólares. No es mucho para usted.

—Yo...

—¡No pienso bajar un centavo!

—E... está bien. ¿Cómo... cómo nos veremos?

Ned Fuller ya había dejado de moverse sobre la mujer, al escuchar cómo se desarrollaba la conversación telefónica que Wanda sostenía. Ahora prestaba suma atención a las palabras de su amante.

—Usted cogerá la carretera que lleva a Garland, una pequeña población a las afueras de Dallas, hacia el nordeste. ¿La conoce?

—No, no conozco apenas nada de aquí.

—Pues entonces, pregunte. Pero no se le ocurra venir acompañada, ni decir nada a la policía. Entonces no habría negocio.

—No se preocupe. Iré y le llevaré el dinero. Quiero solucionar este asunto, de una vez por todas.

—Muy bien. Pues cuando vaya por esa carretera, al pasar el White Rock Lake, verá una desviación hacia la derecha. Hay una placa que indica se trata de un camino muerto.

Usted no haga caso, y métase por él. Yo la esperaré al final, en mi auto, con las luces encendidas. Esta noche. A las once en punto. No falte.

—No... no faltaré.

—Nos veremos, señora Chandler.

Y colgó.

Wanda se quedó mirando, abobada, el auricular. Ned Fuller lo tomó, y lo depositó sobre la horquilla.

—¿Qué pasa? —preguntó seguidamente.

Se lo explicó con palabras atropelladas, invadida por el gusanillo del nerviosismo. Ned Fuller la escuchó atentamente, calibrando cada frase.

—¿Qué piensas? —finalizó ella.

—Que lo mismo puede ser verdad lo que te ha dicho esa mujer, que ser una trampa...

—¿Por qué una trampa?

—No lo sé.

—¿Quién puede querer matarme?

—Tal vez la misma persona que mató a los Chandler.

—¿Por qué?

—No lo sé, repito. Estoy más a oscuras que tú, Wanda. Yo acabo de llegar.

—¿Crees que debo ir?

—No hay que desaprovechar las oportunidades. ¡Iremos!

—Tengo que ir sola.

—No voy a dejarte sola, Wanda, cariño —sonrió él—. Por nada del mundo. Ya lo arreglaremos, no te preocupes. Tenemos tiempo.

—Estoy asustada, Ned.

—¿Dispones de cinco mil dólares?

—Creo... creo que sí.

—Muy bien. ¿Y de un revólver?

—¿Un... revólver? —tragó saliva con dificultad.

—Eso he dicho.

—No...

—Entonces, tendré que conseguirlo.

—¿Crees que hará falta?

—Con esa clase de gente, nunca se sabe.

—¿Tú tienes licencia de armas?

—No. Iré a media tarde a los barrios bajos. Conseguiré uno, en el mercado negro.

—Oh, Ned, no quisiera que...

—No pasará nada.

—¿Y si avisáramos a la policía?

—Posiblemente, ahuyentáramos a la pájara. Esa gente tiene soplones en todos lados. Si juegas sucio, sólo sabiéndolo yo, no tienen por qué enterarse.

—Como nos ocurra algo...

—Ven aquí —la atrajo más hacia sí—. Yo te protegeré siempre, cariño. Junto a mí, nunca has de sentir ningún temor.

—¡Oh, Ned, qué bueno eres!

—Te quiero, simplemente.

—Dilo otra vez.

Lo dijo, pero esta vez con hechos.

CAPITULO X

El coche se adentró por aquel estrecho camino vecinal, que no iba a ningún lado en especial. El que iba al volante, un joven moreno, de pelo lacio, ojos oscuros, nariz roma, boca de labios abultados, condujo con seguridad por el terreno pedregoso. A lo lejos, distinguió las luces de los faros de un auto. Esa era su meta.

Cuando llegó, distinguió en seguida la figura de la mujer que había junto al morro del otro coche. Descendió del suyo, con una sonrisa.

—Buenas noches, Jennifer.

—Buenas noches, Killer.

—¿Estás sola?

—Sí. ¿Tú también?

—Puedes mirar, si quieres. Nadie ha venido conmigo.

—Me fío.

—Gracias.

—Desde luego, te llaman, con toda la razón del mundo, el asesino de las mil caras. Tu disfraz de hoy te hace completamente distinto al que usaste en Albuquerque.

—Eso no importa. ¿Trajiste el dinero?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Aquí.

El hombre vigiló, con suma atención, el movimiento de la diestra de ella. Las luces de los coches proporcionaban una iluminación de aquelarre a la escena.

—El sobre —sonrió ella, alargando la mano.

Él lo tomó.

—Puedes contar el dinero.

Devolvió la diestra con mucha naturalidad a la gabardina en la que envolvía su cuerpo bien formado. El hombre no dejó de vigilarla, mientras contaba los billetes. De pronto, la gabardina se puso a escupir plomo.

Tres disparos rompieron el silencio de la noche, brotando del bolsillo derecho de la prenda con la que se cubría ella. El hombre gritó cuando sintió las balas morder sus carnes, lanzó al aire el sobre y los billetes, y él trastabilló durante unos segundos para luego derrumbarse, muerto. Algunos billetes de mil fueron más lentos, que él, y continuaron volando sobre su cuerpo.

—Idiota... —murmuró, despectiva, la mujer—. Has caído como un estúpido. Él asesino más grande del país...

A partir de entonces, se movió con agilidad y rapidez. Recogió el sobre, y en él guardó los billetes'. Todo ello lo metió en un bolsillo de la chaqueta del muerto. Después, tomó por las axilas al hombre que acababa de matar, y lo arrastró hasta unos matorrales cercanos. Allí lo dejó bien oculto. Más tarde, tendría que volver a trabajar con él para preparar la escena definitiva.

Se dirigió entonces al coche del muerto, lo puso en marcha y lo condujo como cosa de cien metros más adelante, dejándolo entre unos grandes árboles.

Retornó adonde se encontraba su coche, y comprobó que desde allí no se podía

distinguir el «Buick» del muerto. La oscuridad de la noche y los árboles se encargaban de ello. Magnífico.

¿Faltaba algo más?

Ah, sí, la pistola. Lo más importante. ¡Qué tonta era!

Corrió hacia el cadáver, y lo registró apresuradamente. Llevaba una funda axilar, y en ella, una bonita automática pavonada. Se la echó al otro bolsillo de la gabardina. Entonces se miró a los agujeros. Bueno, no había mucho peligro de que se los descubriera. La otra visita iba a resultar mucho menos peligrosa.

—¡Ese es el camino! —exclamó, excitado, Ned Fuller—. ¡Gira a la derecha!

Ella obedeció. Recorrieron entonces un breve trecho y, de pronto, él señaló:

—¡Allí hay unas luces!

—¡Debe ser ella!

—Haz lo que planeamos. Ya sabes, aminora, yo me bajo, pues aún no puede vernos, cierro la puerta y continúo por atrás, corriendo. Tú sigue despacio para que podamos llegar a la vez. ¿Entendido?

—Sí, Ned.

—Bien. ¡Allá voy!

Se hizo como él había dicho. La negrura de la noche le ayudó en todo ello. Sus piernas se pusieron a prueba durante los siguientes metros. Jadeando, llegó hasta el lugar de la cita. Se apoyó en un grueso tronco de árbol, y clavó sus ojos en la escena que se desarrollaba ante ellos.

Wanda acababa, también, de llegar. Una mujer a la que aún no había podido distinguir bien se encontraba con el brazo izquierdo apoyado en el morro de su coche.

—¿Wanda Chandler? —escuchó su voz.

Una asustada y algo temblorosa Wanda bajó de su auto. Caminó unos pasos, indecisa, con la mirada fija en la otra mujer. Todo su cuerpo se envaró, al reconocerla.

Y más aún cuando la vio sacar aquella pistola, que la apuntaba.

—Adiós, tontina —le dijo, riendo—. ¡Mira que era fácil...!

Sonaron uno, dos, hasta tres disparos. La mujer de la gabardina abrió unos ojos como platos. Sintió que el cuerpo le ardía en tres determinados puntos, que el índice no le respondía, no se arqueaba sobre el gatillo, que las piernas le flaqueaban, que la vista se le nublaba... ¿Qué demonios había pasado?

Aún pudo girar un poco la cabeza hacia su izquierda. Vio la figura alta y arrogante del hombre que avanzaba hacia ella. Era una figura sin matices, esfuminada, pero que... De repente, se desmadejó, rebotó contra el morro del coche, produciendo un horrible ruido, y rodó por tierra hasta quedar impresionantemente quieta.

Wanda se había llevado las manos a la boca, ahogando un grito. Luego, al observar el desenlace final, exclamó, sorprendida:

—¡Era Diane Porter, la *call-girl* amiguita de Lucius!

CAPITULO XI

Primero apareció James Kane. No sabía nada de lo ocurrido la noche anterior, y venía para llevarla a almorzar, como habían quedado.

—Lo siento, James —se lamentó ella—. No puedo ir con usted.

—¿Por qué? —arqueó una ceja él, sorprendido.

—Han sucedido cosas.

A continuación, le hizo un breve relato de los hechos. James Kane la escuchó muy atentamente, terminando por componer un rostro de verdadero asombro.

—Es... es... ¡no encuentro palabras!

—Ahora estoy esperando al teniente Fulham. Dijo que vendría al mediodía.

—Ya.

—Le ruego que me perdone.

—Está disculpada, por supuesto.

La puerta de la biblioteca se abrió en esos instantes e hizo acto de presencia el rubio Ned Fuller.

—Wanda, cari...

No siguió hablando, al ver la visita. No le conocía de nada; era un extraño para él. Igual le pasaba a James Kane, quien había arrugado el ceño, al oír aquellas palabras que delataban una cierta familiaridad, si no algo más íntimo.

—Pasa, Ned. Te presentaré.

Ned Fuller, a pesar de la insistencia de Wanda, no se había quedado a dormir en la finca de los Chandler. Decidió seguir en el hotel en que estaba instalado. Y ahora se presentaba de nuevo en la residencia.

—Este es Ned Fuller, un buen amigo de Los Angeles. Ha venido para acompañarme en estos difíciles momentos. Siempre es bueno tener a alguien conocido al lado.

—Sí... —asintió el agente artístico.

—James Kane. Le conocí en el avión. Fue compañero mío de viaje.

Los dos hombres se estrecharon fuertemente las diestras, sin dejar de medirse con la mirada.

—Usted fue el que anoche ayudó a Wanda...

—Así es.

—Entonces, considérese también amigo mío.

—Igualmente.

—Señora...

Todos giraron la cabeza. Era Peter, el mayordomo, quien había hablado. Se encontraba en el umbral de la entrada, con su rostro grave de siempre.

—¿Qué hay? —preguntó ella.

—Él teniente Fulham —anunció.

Unos instantes después, entraban en la biblioteca el teniente y sus dos inseparables detectives. Fulham venía sonriente, satisfecho.

Wanda tuvo que hacer la presentación de James Kane. Luego, el teniente fue al grano.

—Tengo buenas noticias —dijo como entradilla—. Creo que ya se le puede dar una cierta lógica a todo este asunto... Primero, les hablaré del hombre muerto que

encontramos allí: ya lo hemos identificado, y se trata de un tal Kirk Raft, un hampón con un buen historial delictivo. Sobre él pesaban varias sospechas de asesinato. Se le tenía como un matón profesional, al servicio del hampa de esta parte de Texas... Con la mujer ha habido sorpresa. Los documentos que le hallamos no nos parecieron del todo correctos. Se nos ocurrió comprobar sus huellas dactilares. ¿Saben quién ha resultado ser? Jennifer Logan, reclamada por el condado de Clark, Nevada, como perjura. Trabajaba como bailarina de *strip-tease* en uno de los garitos de Las Vegas, y era la amigueta de algunos importantes reyezuelos de allí. En el juicio que se vio contra Jack Phillips, acusado de asesinato, ella declaró a su favor, proporcionándole una estupenda coartada.

Luego, más tarde, se demostró que había mentido. Pero para entonces ya había desaparecido. Sus amiguitas la ayudaron a esfumarse. Y apareció aquí, en Dallas, con otra documentación y un nuevo color de cabellos y ojos. Con el tiempo, parece ser que se había convertido en una *call-girl* de lujo.

—Y todo eso, ¿cómo concuerda exactamente, teniente? —preguntó Wanda.

—Bien. Está claro que quería ofrecernos un culpable, me refiero a la tal Jennifer Logan.

—¿Un culpable?

—Sí, un culpable muerto: usted.

—Explíquese mejor, teniente —pidió James Kane, quien no parecía haberlo entendido del todo.

—Jennifer Logan contrató a Wirk Raft para matar a los Chandler. Por otro lado, debió pensar que la mejor manera de que la policía no investigara demasiado era ofrecerle a los culpables. ¿Qué hizo? Una vez realizó el matón su trabajo, le citó primero y le mató. Ah, y lo tenía todo muy bien planeado. ¿Saben con qué le mató? Bueno, sí, con un revólver, disparando a través del bolsillo de la gabardina. Pero ¿saben qué revólver era? Hemos comprobado su número. Era un revólver registrado a nombre de David Chandler.

¿Entienden mejor ahora? Después, se hizo con la pistola del matón, y esperó a la señora Chandler. La hubiera matado, de no haberle echado una mano este caballero, con lo que nos hubiese quedado un cuadro perfecto. El asesino y su patrona discuten, posiblemente acerca del pago, y se matan entre sí. Ella llevaba el revólver de su difunto esposo. Con toda seguridad, la tal Jennifer Logan hubiera dejado por allí unos cuantos miles de dólares. Bien valía la pena perderlos, con tal de dejar resuelto el caso. Y eso es más o menos todo —suspiró—. Creo que no me dejó nada en el tintero.

—Hay algo muy importante —intervino Ned Fuller—. La razón. El móvil de los crímenes.

—Oh, sí, eso —cabeceó el teniente—. Ya había dicho en un principio que había

«cierta» lógica. Y es que nos falta saber por qué Jennifer Logan deseaba la muerte de los Chandler. Sabemos que mantenía relaciones con Lucius Chandler; posiblemente hubiera alguna oscura disputa, entre ellos, con intervención de David. Pero, desgraciadamente, ella está muerta, y no nos lo puede contar.

Tras estas palabras, se produjo un denso silencio. Unos se miraron a otros, pensativos.

—Desde luego —habló, al rato, nuevamente el teniente—, usted está fuera de toda sospecha, señora Chandler.

—El arma —dijo, de pronto, Ned Fuller.

—¿Qué? —inquirió Fulham—. Los demás se limitaron a mirarle, esperando una

explicación.

—¿Cómo tenía ella el revólver de David Chandler, si sus amoríos eran con Lucius Chandler? ¿Acaso ella frecuentaba esta casa?

—No —intervino Wanda—. El día de la boda, cuando me la presentó Lucius, me comentó que era la primera vez que la pisaba. Y no pasó de los jardines.

—¿Qué está insinuando? —interrogó el teniente, con ceño fruncido.

—Bueno, que si ella no tenía ninguna razón aparente y el asunto aún ofrece algún que otro punto oscuro, muy bien podía existir otra persona.

—El cerebro gris en la sombra —habló ahora James Kane—. Esto se pone la mar de interesante. Como en las buenas novelas policíacas. El señor Fuller está sugiriendo que alguien se valió de Jennifer Logan para llevar a cabo su criminal plan. La mujer era quien iba a dar la cara, por si algo salía al final mal. Así ha sido, y ella es la que ha pagado los platos rotos.

—Hum —murmuró el teniente. Sus detectives permanecían silenciosos y atentos.

—Ned tiene razón, teniente —dijo Wanda—. ¿Cómo tenía esa mujer el revólver de mi difunto esposo?

—¿Sabe dónde lo guardaba?

—No...

—Tal vez estuviera muy a mano, tal vez no lo tuviera en esta finca...

—El mayordomo puede saberlo.

—Llámele.

Peter acudió al momento. El teniente le puso al corriente, entre la expectación de los demás.

—¿Sabía dónde guardaba su patrón el revólver? —le preguntó finalmente.

—Sí, señor. Aquí, en la finca.

—¿Dónde, exactamente?

—En la caja fuerte de su despacho. Lo sé porque me lo comentó en una ocasión.

—¿Quién conoce la combinación?

—Sólo él. Su hermano Lucius tenía otro despacho, con su propia caja fuerte. Los dos hermanos eran muy independientes en sus cosas personales.

—Está bien. Puede retirarse.

—Señores... Señora...

Hizo una leve reverencia y abandonó la estancia. Ned Fuller rompió el silencio.

—Todo eso significa que alguien muy allegado a David Chandler se hizo con él, porque sólo una persona así podía conocer la combinación.

—Y lo lógico hubiera sido pensar en mí —dijo Wanda, estremeciéndose—. Lo cual concordaría perfectamente con el hallazgo del cadáver del matón y del mío.

—Bien —exclamó el teniente Fulham—. Ahora, aceptando la posibilidad de otra persona envuelta en este asunto, hay que pensar quién puede ser.

—Alguien que tuviera acceso a esta casa, y mucha confianza con David Chandler —

apuntó James Kane.

—Si descartamos a Lucius —añadió Wanda.

—No creo que estuviera tan loco como para robarle el revólver a su hermano y entregárselo a esa ramera —desechó despectivamente Ned Fuller—. Hubiera resultado

demasiado sospechoso.

—¿Entonces...? —inquirió James Kane.

—Podíamos empezar por la servidumbre de la finca —propuso el teniente.

—O por la secretaria de David Chandler —sugirió, a su vez, Ned Fuller.

—Tanto Betty Drake como Lewis Barton, aunque venían por aquí, con quien tenían plena confianza y mucho trato era con Lucius —señaló Wanda, ayudando a confeccionar la lista de sospechosos—. En

cambio, Robert Carson...

—¡El abogado! —exclamó, casi excitado. Ned Fuller, chasqueando dos dedos—. ¡ Eso es!

—¿Qué ocurre? —preguntó el teniente.

—¡ Ya decía yo que me sonaban unas campanillas en el cerebro!

—No le entendemos...

—El señor Carson me comentó ayer que había estado trabajando en Las Vegas como abogado, antes de venir aquí ¿Comprenden? ¡Las Vegas! ¡Como Jennifer Logan!

¡Posiblemente, estuvieran en la misma época y entonces él muy bien podía conocerla, dado su oficio y el caso que se originó con ella! ¡Ahí tiene, teniente, una posible conexión entre esa mujer y una persona allegada a David Chandler!

Todos se quedaron mirando a Ned Fuller, con tremenda sorpresa.

—Carson... —balbuceó Wanda.

—¿Por qué? —se preguntó el teniente.

—¡Su método deductivo es muy bueno, señor Fuller! —alabó James Kane—. ¡Le podía hacer usted competencia a la escuela inglesa!

—Prefiero la novela negra americana.

—Yo también.

—¡Vayamos a ver a Carson! —decidió, de pronto, el teniente, abriendo camino hacia la puerta.

* * *

Se encontraron un cuadro inesperado. Robert Carson se había suicidado. Estaba sentado en el sillón de su mesa escritorio, la cabeza ladeada en una extraña postura, hacia la izquierda, mostrando un feo y repugnante boquete a la altura de su sien derecha. El revólver yacía en el suelo.

Sobre la mesa escritorio hallaron un papel mecanografiado, en cuyo final iba su firma.

Su contenido era el siguiente:

«Juez Carter:

»Creo que he llegado demasiado lejos. Me he dado cuenta ahora, cuando ya ha pasado todo, cuando la fiebre de la venganza ha desaparecido. Me encuentro sucio y vacío. Es una rara sensación, que antes no experimentaba. Estaba obsesionado con la muerte de los Chandler, sólo veía el color rojo, creía escuchar la voz de mi hijo reclamando justicia. Y

ésta es la historia.

»Usted sabe que mi hijo murió en accidente de automóvil, cuando regresaba de una fiesta celebrada en la residencia de los Chandler. Las causas: su alto estado de ebriedad.

Todos dijeron que el caso estaba muy claro, y fue archivado de inmediato. Yo tenía la

mosca tras la oreja, pues mi Bobby era un chico muy cuidadoso con el coche, no le gustaba correr, y, aunque estuviera borracho como decían, me parecía extraño que hubiera tenido tal accidente. Sabe que carezco de influencias, y precisamente los que tenían ganas de echarle tierra al asunto eran mis jefes. Me tuve que conformar, por el momento.

»Una noche, estaba tan desesperado, veía a mi hijo por todas partes, que me lancé a la busca de una mujer que me hiciera olvidar todas mis pesadillas, a! menos por unas horas.

Un amigo me facilitó el teléfono de una cotizada *call-girl*. Se hacía llamar Diane Porter, pero yo la reconocí en seguida, a pesar de sus cabellos trigueños y sus ojos aguamarina.

Las facciones seguían siendo las mismas, y yo tengo muy buena memoria, además de un cuidado archivo de todos los asuntos legales que parecen de interés. Guardaba recortes precisamente del caso Jack Phillips, ocurrido durante mi estancia en Las Vegas. Y en éstos había una foto de Jennifer Logan, la perjura.

»Fue entonces cuando se me ocurrió la idea. Podía utilizarla para saber algo más sobre aquella fiesta, tras la cual mi hijo había muerto en un accidente de coche. Mis intentos, hasta el momento, habían resultado estériles. Los Chandler se limitaban a testimoniarme su pesar y nada más; no abrían la boca para lo que yo quería. Así que le hice

chantaje a Diane Porter. Lucius era el punto débil de los Chandler; las mujeres lo volvían loco. Ella tenía que conquistarlo y obtener la información. No le resultó tan fácil conseguirlo. Tuvo que doblegarse a muchas exigencias de auténtica perversión; Lucius estaba medio demente. Al final, acabó odiándolo, y entre ella y yo comenzó a nacer cierta amistad.

»Yo había tenido razón en mis sospechas. Sucedió algo anormal aquella noche. Mi hijo estaba drogado. En aquella maldita fiesta, había corrido la droga a raudales. Los Chandler fueron quienes la proporcionaron. Y yo ya no podía demostrar nada, porque los implicados no iban a abrir la boca, sería condenarse, y tampoco podía pedir la exhumación del cadáver ¡porque lo habíamos incinerado! ; Incinerado, siguiendo los consejos que me dieron los muy canallas! ; Qué estúpido había sido, al confiar en ellos!

»Lo demás ya es bien fácil de imaginar por usted y la policía, dado lo sucedido esta noche pasada. Como por ese entonces David Chandler nos anunció su boda con una mujer de Los Angeles, Jennifer y yo, que ya habíamos hecho una especie de pacto criminal, pues ella quería sobre todo la muerte de Lucius, pensamos que teníamos un culpable ideal en la persona de la futura esposa de David Chandler. El asesino contratado actuaría nada más se casaran. Yo me hice con el revólver de David Chandler, gracias a que pude conseguir la combinación de su caja fuerte. Jennifer estuvo de acuerdo en hacer la parte "fuerte" del asunto, pues tenía más estómago y agallas que yo. Ella había vivido esa clase de "negocios"

»Pero las cosas no han salido como habíamos planeado. Creo que, de todas formas, no hubiera podido vivir mucho tiempo con mi conciencia... que es lo que me está sucediendo ahora. Jugué a ser canalla por odio, por venganza, pero uno, en el fondo, no es un canalla, y, una vez he corrido el velo que me cegaba, me siento incapaz de mirarme al espejo, de salir a la calle. Me he desprendido de algo que me atormentaba obsesivamente para caer presa de algo peor. Es por ello que he tomado la drástica decisión de poner fin a mi vida.

A nadie hago mal, nadie me echará de menos. Adiós, señor juez.»

E P I L O G O

Una vez solucionado el caso de los Chandler, el nombre de Wanda totalmente reivindicado, ésta se dedicó exclusivamente a ponerse al día en los asuntos petrolíferos.

Buscó unos asesores de confianza, con la estrecha colaboración de Lewis Barton, el ingeniero jefe, y durante ese tiempo estuvo saliendo constantemente con Ned Fuller, quien no quería separarse de su lado. James Kane comprendió la inclinación de la mujer, y un buen día acudió a la residencia Chandler, se despidió cortésmente, deseándole toda la felicidad del mundo, y desapareció.

Pasaron un par de semanas más, y por fin Ned y Wanda decidieron casarse. Fue una boda por todo lo alto, pero esta vez sólo hubo alegría, momentos felices e inolvidables. Al día siguiente, la pareja partió en luna de miel a Acapulco. Los negocios del petróleo no le daban más que una semana de vacaciones a Wanda, quien se había tomado aquello muy en serio. A Europa irían más adelante.

Allá en Acapulco disfrutaron de unos días de inmensa dicha, gozando de su sol, de sus playas y de su apacible mar. Por la noche acudían a la Quebrada, el famoso precipicio por el que se lanzaban unos cuantos bravos saltadores para entusiasmo de los turistas. Abajo, a más de treinta metros, estaba el mar, negro como el fondo de un pozo.

Wanda y Ned, desde una terraza cercana, rodeados de una multitud de curiosos enfebrecidos, observaron cómo aquellos valientes hombres se lanzaban con una antorcha en la mano, trazando en el aire una luminosa parábola que moría cuando el saltador penetraba en el líquido elemento, levantando entonces un rugido de satisfacción y alivio de los testigos.

—¿Por qué la antorcha? —preguntó ella—. No será para iluminarse el camino... —

bromeó.

—Por supuesto que no —sonrió él—. La antorcha sirve para que todos nosotros sepamos si ha tenido éxito en su salto. Si no la ves apagarse, es que el saltador se ha estrellado en las rocas.

—¡Oh!

—¿Sorprendida? Es como cualquier otro festejo, en que está en juego la vida de un hombre.

—Y luego... y luego la gente pone el grito en el cielo, y se hace cruces por cualquier tontada. Anda, vámonos.

—Como quieras.

Llegaron al hotel donde se alojaban. Ella se cambió de ropas. El salió a la balconada a fumarse un cigarrillo, pensativamente.

—Ned —llamó ella.

—Ven tú aquí —pidió él—. Hace una hermosa noche.

Wanda acudió, envuelta en un transparente salto de cama. Ciertamente, turbaba los sentidos.

Ned se encontraba apoyado en la baranda, mirando hacia abajo, observando cómo caía la colilla que acababa de soltar. Giró sobre sus talones, al sentirla cerca, y la encaró. Sus brazos se extendieron, tomándola por la cintura. La besó ardientemente. Ella gimió.

Luego, cuando se separaron, Wanda dijo, con ojos brillantes:

—Ned.

—¿Qué?

—Soy muy feliz.

—Yo también.

—Dime que me quieres.

El sonrió. Con suavidad escalofriante, dijo:

—Te quiero... muerta.

Y tras esta sorprendente revelación, la empujó hacia el vacío.

EL AUTENTICO FINAL (Y PERDON)

—¡Quieto, Killer! —tronó entonces un hombre.

La baranda había servido de freno a la mujer, en el primer intento de Ned Fuller. Ahora iba a repetir la suerte, obligándola a voltear por encima, pero aquella voz conocida le paralizó.

Wanda se separó de él, y corrió hacia el aparecido. Ned Fuller giraba lentamente sobre sus talones.

—¡Usted, Kane!

—Frank Jasper —le corrigió con una sonrisa. En su mano derecha

exhibía una pistola automática—. Inspector federal, Frank Jasper.

Ned Fuller no parpadeó. Su mirada se centró entonces en la mujer.

—¿Tú lo sabías?

Ella asintió silenciosamente.

—Bien —exclamó resignadamente— Alguna vez había de perder. ¿Cómo lo supo, señor federal?

—Hace unas semanas me trasladé a Las Vegas para realizar la detención de un forajido llamado Hodiak. Se escondía en...

—Lo leí todo en los periódicos.

—Eso me ahorra saliva. En una agenda encontrada en la caja fuerte de Lou Cochran, en determinada hojita de calendario, había escrita esta frase: «Jennifer, Dallas, asunto para Killer». ¡Killer, el famoso asesino profesional, el hombre de las mil caras, tras el que andábamos como locos, sin nunca poderlo pescar! Consulté con mis superiores en Los Angeles, a cuya delegación pertenezco, y pedimos referencias de los últimos sucesos acaecidos en Dallas; no parecía haber actuado allí... aún. Entonces se decidió que yo me trasladase de incógnito allí, y estuviera ai acecho, tanteando los ambientes del hampa.

Luego, dio la casualidad de que conociera a Wanda en el avión, y de que su actuación, Killer, tuviera estrecha relación con ella.

—Porque para mí estuvo claro, desde un principio que esos crímenes eran obra de usted, Killer. Por eso me entrevisté con Wanda, para ver qué sabía exactamente, y si podía descubrir algo extraño a su alrededor. Entré en sospechas cuando me enteré de lo ocurrido aquella noche en la carretera que lleva a Garland. ¿Cómo es posible que el famoso Killer resultara ser un hampón de Dallas? Usted, Ned Fuller, o como en realidad se llame, había sido el héroe. Y luego hizo de chico listo, descubriendo al abogado Robert Carson. ¡Qué rapidez para relacionar hechos, cuando apenas conocía el asunto, los personajes! Tenía sumo interés en descubrir a Carson, ¿Por qué? Porque usted lo había liquidado, unas horas antes. Usted sabía que él sospecharía, nada más enterarse de la personalidad del asesino muerto. El sabía que había contratado a un famoso ejecutor: Killer, y no a un hampón de los bajos fondos de Dallas. Fue allí, y le hizo firmar una declaración, que era cierta, pero que ocultaba algo muy importante: cómo se había contratado al asesino profesional, quién era. Luego lo mató, simulando un suicidio. ¿Me equivoco?

—Al sospechar de usted, comencé una investigación a fondo de su persona —prosiguió el federal—. Me costó trabajo, días, semanas, pero al final dio sus resultados. Habían

lagunas inexplicables en su vida, extraños viajes, sorprendentes coincidencias con las anteriores actuaciones del famoso Killer. Preparé un amplio *dossier* con numerosos datos.

Lo presenté a mis superiores; no había ninguna prueba concluyente, pero sí lo suficiente como para proceder a su detención e interrogatorio. Por ese entonces ya se había largado de viaje de bodas. Vine acá, solicité la ayuda de la policía mexicana, logramos hablar con Wanda, cuando se la requirió personalmente para resolver cierto papeleo burocrático de su pasaporte. Le expliqué todo, y le advertí que su vida corría peligro. Si usted había actuado de esa forma, trabando conocimiento con ella, antes de comenzar su «trabajo», haciéndole el amor, ayudándola a descubrir al verdadero culpable, era porque perseguía un fin. ¿Sólo casarse con ella? No parecía lógico. Un tipo como usted carece de sentimientos. Es frío como el hielo y duro como el diamante. Usted había planeado el golpe de su vida. Quedarse con todo, y para ello tenía que eliminarla. Wanda era reacia a admitir todo esto, y quiso comprobarlo o averiguarlo por su cuenta. Me convenció, pero yo puse unas condiciones: dos policías mexicanos, vestidos de civil, irían siempre tras ellos, y esta *suite* del hotel se vería invadida por micrófonos ocultos para saber lo que ocurría entre los dos solos. Cuando escuché sus palabras en la balconada, comprendí que había llegado el momento. Tenía un duplicado de la llave, y ocupaba la habitación del lado, así que llegué al instante, entré y...

—Sí, ha sido usted muy listo, federal —habló, al fin, Killer, sereno—. Yo sabía, por Lou Cochran, quién era el cliente, la tal Jennifer. Cuando me trasladé a Dallas para estudiar a las víctimas, también la visité a ella, y así descubrí sus visitas secretas al abogado. El tema que ser el promotor, se había valido de ella y sus antiguos contactos con el Sindicato para contratarme. También me enteré de la fecha de boda de una de mis víctimas. Qué coincidencia. Justo la fecha a partir de la cual podía comenzar el trabajo. Comencé a cavilar, y al final sumé dos y dos. Dejé mis cosas y me trasladé a Los Angeles, trabando amistad con Wanda hasta crear en ella un sentimiento amoroso hacia mí; sólo necesitaba eso para que todo fuera más fácil, cuando volviera a aparecer en su vida. Luego, regresé a Dallas. Jennifer me confirmó la fecha. Hice mi trabajo. Volví a hablar con Jennifer para el cobro del resto del dinero, y la cita que me dio era una cochina trampa; se podía oler a mil millas de distancia; Entonces me presenté ante Wanda. Ella me lo contaría todo, pero aún no habían entrado en

contacto. Lo hicieron precisamente estando yo allí.

Lo que le dijo Jennifer no ofrecía ninguna duda. Y manifesté que tenía que conseguir un revólver. Lo conseguí, sí, para que luego la policía no sospechara, pero también contraté a ese tonto de Kirk Raft. Yo le conocía de pasada. Se creyó la historia que le conté, los doce mil dólares que le prometí le marearon, y fue al matadero por mí. Luego, hice mi papel. Y más tarde, por la mañana, por eso no podía quedarme en la residencia aquella noche, me presenté ante Carson para silenciar su boca. Por último, con la policía delante, redondeé el asunto.

—Y ahora, iba a eliminar el último obstáculo. Se hubiera convertido en un hombre millonario.

—Ned, ¿por qué? Lo tenías todo, conmigo...

—Siempre he sido un solitario, nena. Trabajo solo, vivo solo. Jamás quise a nadie. La gente sólo crea problemas. Además —agregó como consuelo—, no hubiera sido un buen marido.

Sin necesidad de más palabras, Killer echó a andar hacia la salida, como un buen perdedor.

* * *

Wanda, tremendamente impresionada por todo cuanto le había sucedido en unas cuantas semanas, decidió vender todas sus propiedades heredadas de los Chandler. El negocio del petróleo sólo le había traído desgracias, sinsabores, malas vivencias. Y

también abandonó Dallas, marchando a Los Angeles, su ciudad de siempre.

Tal vez hubo una razón más oculta, de la que no se dio cuenta hasta más tarde. Lo cierto es que unos meses después —tras conseguir fácilmente el divorcio del hombre que ya había sido procesado y condenado— contrajo matrimonio con el federal inspector Frank Jasper, con quien estuvo saliendo últimamente. Y en esta ocasión sí fue verdaderamente feliz.

Ya se sabe, a la tercera va la vencida.

F I N